



UNIVERSIDAD DE BELGRANO

Las tesis de Belgrano

Facultad de Derecho y Ciencias Sociales
Carrera Licenciatura en Ciencia Política

El líder integral. Una lectura múltiple a la
dimensión política

N° 626

Martín Daniel Mazzeo

Tutora: Dra. Olga Caballero

Departamento de Investigaciones
Noviembre de 2013

Universidad de Belgrano
Zabala 1837 (C1426DQ6)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires - Argentina
Tel.: 011-4788-5400 int. 2533
e-mail: invest@ub.edu.ar
url: <http://www.ub.edu.ar/investigaciones>

Índice

Introducción	5
Mapa conceptual	9
Capítulo I: Una cartografía de la modernidad. A modo de contexto	10
Capítulo II: Desencantamiento de la política. El político como gerente	22
Capítulo III: Reencantamiento de la política. El político como héroe	32
Capítulo IV: Generando nuevas opciones. El líder Integral	41
Conclusión	49
Bibliografía	50
Anexo	51

Introducción

El tema que aborda este trabajo es la figura del líder político. Las distintas fuerzas en continuo movimiento y tensión que llamamos historia, han encontrado expresión en individuos particulares: los líderes.¹ Nuestros días no son una excepción a esta regla. Así lo entiende Fabrini cuando afirma: “En la actualidad los líderes se han convertido en figuras cada vez más importantes, sea porque son necesarios sistemáticamente, sea porque los cambios tecnológicos y sociales y las presiones internacionales, han fortalecido su papel electoral y gubernamental a expensas de los partidos” (Fabrini, 2009, p. 229). El estudio de estas grandes personalidades dista de ser una novedad. Podemos remontarnos hasta las “Vidas paralelas” de Plutarco o a las conferencias dictadas por Carlyle sobre los héroes; será precisamente éste último a quien tomaremos como referencia en este caso.

El enfoque institucional y legalista en esta materia por parte de algunos constitucionalistas y politólogos, como Sartori; Ackerman y Fabrini, por ejemplo parece indispensable. Sin embargo, el estudio de la política no debe abandonar dimensiones de análisis más profundas y más cercanas a las fibras humanas. El estudio de la política puede concebirse como una cuestión subjetiva, como algo que ocurre en el interior del politólogo. Sin embargo, la posibilidad de exteriorizarla y extenderla requirió configurarla como una ciencia, cumpliendo con los requisitos formales para su reconocimiento como tal. El lenguaje musical puede brindarnos una imagen útil a este respecto. Las notas musicales en un pentagrama carecen de sentido por sí mismas. Mejor dicho, no son ejecutables a menos que contemos con una “clave musical” que nos permita interpretarlas. El mundo es el pentagrama, los acontecimientos son las notas; ambos cobran sentido en el interior de la mente del pensador que los interpreta con una “clave”. La clave asignada para este trabajo ha sido una “política”.

No obstante, las características de la realidad política y la dimensión humana de las problemáticas que abarca, llevan a buscar una profundidad, que ha sido buscada trabajando con aportes de otras disciplinas: Sociología, Literatura, Filosofía e Historia. En la diversidad que representa cada una de estas disciplinas, la “clave política” ha servido como factor común para elaborar un trabajo coherente y homogéneo.

El objetivo principal de esta interpretación política es doble. Con esto quiero decir que se ha utilizado a la bibliografía buscando dos objetivos relacionados con la política:

- a) Definir la conducta adecuada de un líder para llegar al poder.
- b) Definir la conducta adecuada que un líder debe adoptar para lograr una correcta simbiosis con los ciudadanos.

Este interés se basa entonces en que, el líder debe adoptar dos posturas distintas según el terreno en que se mueva. El primero es el terreno de la lucha entre pares. La concepción de la “política como lucha” tiene largas raíces. Las más antiguas pueden encontrarse en el tratado político de la India del siglo IV a.C. denominado *Arthashastra*. Éste (como lo recuerda Weber en *La política como profesión* y en la segunda página de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*) fue escrito por el legendario Canakya Kautilya, canciller de Candragupta (fundador de la dinastía Maurya, una de las más poderosas de la historia de la India). Allí se detalla un amplio y movido cuadro del estilo y de las técnicas de gobierno, guerra y vida pública que debe seguir el soberano para acometer su principal objetivo: el éxito. La traición, el engaño, la manipulación y el asesinato aparecen como moneda corriente. En la misma línea se ubica la clásica obra de Maquiavelo: *El príncipe*, esta vez del lado de occidental y en el siglo XVI. Allí, se realiza una tajante división entre la esfera de la moral y la de la política. Así lo atestiguan máximas como la siguiente: “un príncipe necesita saber utilizar con acierto a la bestia y al hombre” entre muchas otras, en las cuales se elogia la mentira y la crueldad. Puestos frente a frente, el pensamiento político de la India y *El príncipe*, el tono de este último resulta suave y amable. Pero no es la comparación lo que interesa, sino rastrear los orígenes de una determinada concepción de la política.

¹ H. White califica a esta visión de la historia como típica de un *Romanticismo coherente*: “Por ejemplo, podríamos decir que un romanticismo coherente *reconoce* que la historia es un campo en el que se encuentran fuerzas naturales, humanas y sociales que interactúan y entran en conflicto, y que le asigna una eficacia causal fundamental a la naturaleza, que concibe como una fuente de energía oscura y avasalladora. Pero al mismo tiempo el romanticismo *respeto* y alienta a cualquier individuo que, contra toda razón, intenta trascender los límites de la mera existencia natural. El romanticismo valora a las instituciones sociales solo en la medida en que puede interpretarlas como manifestaciones de misteriosas fuerzas naturales o como expresiones de la voluntad individual; en su conjunto, no obstante, considera las instituciones sociales, las ideas y valores como barreras que hay que superar, bastiones contra la libre expresión de la naturaleza y de la voluntad individual”. (H. White, 2011, p. 178)

Un exponente de esta doctrina mucho más cercano en el tiempo es el mismo Max Weber: “La esencia de la política –como tendremos que remarcar una y otra vez– es el conflicto, el reclutamiento de aliados y de seguidores voluntarios” (*Parlamento y gobierno en una Alemania reconstruida*, p. 1414). Para concluir la construcción de esta categoría referida a la primera interpretación (a) política del líder, acudiremos a la obra de un maestro de la pintura del siglo XVI: Pedro Bruegel. Este pintor flamenco, con su característico buen humor e ironía, representó esta tradición del pensamiento político en una de sus alegorías titulada: *El pez grande se come al chico*. En esta obra vemos una multitud de peces de toda clase y tamaño, donde los pequeños son devorados por los más grandes y éstos a su vez son pescados por los hombres. Del vientre de los más grandes, que los hombres han abierto, salen peces más chicos y debajo, en una inscripción, se lee el proverbio mencionado. Bruegel pintó este lienzo en la época en que toda Europa estaba agitada por la lucha de los Habsburgo, Flandes, el Imperio español y el Imperio alemán, para contener el creciente poder de Francia que trataba de romper el círculo creado por esa colosal coalición. En un período en que nuevas armas y nuevas técnicas de guerra sembraban la destrucción y el caos: la pólvora, lo cañones y el despliegue de grandes conjuntos de infantería mercenaria, que reemplazaban los combates de caballeros. Los proverbios pintados por Bruegel representan la vida de animales voraces y de sangre fría, y expresan adecuadamente la idea de que en la esfera política cada uno actúa para sí y se traga a tantos otros como puede. La idea que quiere comunicar es la de que la política es, y siempre debe ser, una empresa de combate, no un asunto decente y ordenado. En el trabajo se hará referencia a esta concepción de la política como *La ley de los peces*.

La segunda interpretación política del líder se basa en su relación con los gobernados. Si la primera interpretación tenía lugar en un plano horizontal, ésta lo tiene en uno vertical. La función del líder en esta relación vertical no es la de un luchador despiadado. Recurrimos aquí a una de las conclusiones de Fabrini: “Sólo el líder como individuo, puede darles una voz a las exigencias sociales difusas y sólo el líder puede darle una dirección a la acción de gobierno. De este modo, el líder puede crear un sentimiento de pertenencia en la ciudadanía y orientar la marcha del país” (Fabrini, 2009, p. 209). Aquí se distinguen dos funciones. La primera es la figura del líder como integrador, el cual debe servir como símbolo unificador y pacificador de la sociedad. Sólo a través de este orden integrador es que el líder puede cumplir su segunda función: expresar en forma de actos de gobierno las demandas de cambio que exige la sociedad.

Si la primera interpretación política del líder (horizontal) quedó configurada bajo la *Ley de los peces*, la segunda interpretación (vertical) quedará configurada bajo la imagen del líder como *Actor simbólico y transformador*.

Con respecto a la lógica interna del trabajo, es conveniente aclarar que cada uno de los capítulos guarda una relación con alguno de los temas que Weber trató a lo largo de su obra, por ejemplo, el desencantamiento del mundo, la teoría de la burocracia, la teoría del carisma, etc. Con esto se busca dejar en claro que, aunque en cada capítulo se recurre al pensamiento de distintos autores, es la obra de Weber la que teje el *hilo de Ariadna* por estas páginas. Expongo a continuación, la articulación entre los distintos capítulos.

El primero resulta de interés para definir algunas condiciones de la sociedad moderna dentro de la cual debe desarrollarse el líder y con la que debe vincularse. El pie para este contexto lo da el término weberiano *Entzauberung der welt*, comúnmente traducido como *Desencantamiento del mundo*. La tarea fundamental es reconocer la definición del término en la obra de Weber para luego aplicarlo a las distintas esferas del análisis de la sociedad contemporánea y así delinear una cartografía (de trazos muy generales) de la modernidad.

El segundo capítulo se focaliza especialmente en la esfera política resultante de este mundo, es decir: la burocracia. La burocracia, como tipo de dominación, es el máximo exponente de un *desencantamiento de la política*. De ella surge un tipo específico de político: el gerente. Este capítulo iniciará haciendo una descripción esquemática de lo que Weber entiende por burocracia, siendo esta la forma que adoptó el tipo de dominación legal-racional. En segundo lugar, se recurrirá a la obra del escritor Franz Kafka para ilustrar la percepción que una misma realidad (la burocrática) tuvo en el campo de la literatura. Por último, haciendo uso del provocativo poder de denuncia de A. MacIntyre, se pondrá bajo una visión crítica los presupuestos de este tipo de dominación y de su figura del político como gerente.

La mención y utilización de Kafka en este trabajo merece un paréntesis para explicar las razones de esta decisión.

Los intelectuales que han negado o ignorado al arte como instrumento para el conocimiento humano tal vez sean inagotables. Es conveniente ensayar una lista de aquellos pensadores que gracias a su mayor sensibilidad y apertura gnoseológica han logrado extraer de las obras de arte reflexiones académicas referidas a la historia, la cultura o la sociología. Es posible comenzar el recorrido de pensadores ilustres con el nombre de Jacob Burckhardt. La obra más famosa de este historiador suizo se titula "La cultura del Renacimiento en Italia". En la primera parte del libro, el autor concibe al estado como una obra de arte. Allí, el autor estudia cómo el surgimiento del individualismo crea la inmoralidad en el campo político. Burckhardt también aplica su método a la cultura griega, en la cual deriva los conceptos de belleza y sanidad a partir del estudio de las esculturas.

Un contemporáneo de Burckhardt, y uno de los fundadores de la llamada *Hermenéutica* es Wilhelm Dilthey. Eugenio Pucciarelli, quien se cuenta entre los más reconocidos estudiosos de Dilthey en Argentina, escribió sobre el tema: "El espíritu humano nos habla desde la piedra, el gesto o la palabra escrita; la comprensión nos permite interpretar sus expresiones y la hermenéutica, mediante el análisis gnoseológico, lógico y metódico de la comprensión, nos asegura la validez general de sus resultados" (*La esencia de la filosofía*, 1944, p. 49). La obra de Dilthey referida al estudio del arte es monumental; sus escritos han sido compilados bajo el título de *Poesía y Experiencia*, y en alguna línea de esos vastos volúmenes su autor afirma que el arte es el órgano más adecuado para comprender la vida.

Herederero de esta escuela (en método; no en ideología) es G. Lukács, quien en su obra "Teoría de la Novela" aplica la fenomenología hegeliana a la literatura y a sus formas de expresión a través de la historia. Tal como el mismo autor afirma en el prólogo de su obra: "[Esta obra] no es conservadora sino subversiva por naturaleza, aun cuando se base en utopías inocentes o infundadas: la esperanza de que la desintegración del sistema capitalista y, junto con ésta, la destrucción de categorías sociales y económicas alienantes y negadoras de la propia existencia, den paso a una vida natural y digna del hombre". Comienzan aquí las bases para una sociología literaria de orientación marxista.

Finalmente, dos autores contemporáneos han servido de modelo en el análisis: este es el caso de R. Sennett y de M. Berman. El primero, en *El declive del hombre público*, hace uso de las artes escénicas para derivar de allí una comparación con la vida en las calles de París y Londres (también dedica un capítulo a analizar las relaciones sociales parisinas a partir de las distintas novelas que componen *La comedia humana* de Balzac). El segundo, en su trabajo *Todo lo sólido se disuelve en el aire*, hace uso tanto de la literatura como de la arquitectura. Así, por ejemplo, construye su categoría de *Modernidad* basándose en la trágica vida de Fausto, el personaje de la obra magna de Goethe. También utiliza a Baudelaire y la arquitectura de Haussmann para bosquejar la silueta de París en el siglo XVIII. Finalmente, los literatos rusos le sirven como ventana del conocimiento para representar las tensiones sociales de San Petersburgo en el 1800. Su método de estudio literario se basa en la utilización de 'Escenas fundamentales' (Primal Scenes) que utiliza como sintetizadoras del argumento y a partir de las cuales puede derivar sus conclusiones de carácter cultural.

En lo que respecta a este trabajo y a la obra de Kafka en particular, es preciso destacar que ya existe un antecedente histórico; o como los metodólogos gustan en llamar: un componente del "estado del arte". Se trata de una obra realizada por el español llamado José González García que se titula *La máquina burocrática: afinidades electivas entre Max Weber y Kafka*.² Si bien se harán alguna referencia a este trabajo, lo central del presente análisis de Kafka proviene de la obra en conjunto de Gilles Deleuze y Félix Guattari: *Kafka. Para una literatura menor*. Este trabajo es la llave para introducirnos en el complejo funcionamiento literario de Kafka. Una vez desmontados los componentes de la maquinaria kafkiana, será posible establecer las conexiones con la descripción de Weber del aparato burocrático. En el capítulo II se darán las razones por las cuales la obra de Kafka es, en particular, apta para ser vinculada con la política.

En el capítulo III, se presenta la visión del líder como héroe que Thomas Carlyle expuso en sus seis conferencias de mayo de 1840: *Sobre los héroes, la adoración de los héroes y lo heroico en la historia*. Francisco Gil Villegas, en la edición crítica de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* editado por Fondo de Cultura Económica (edición con la cual este trabajo está particularmente en deuda) aventura que en estas conferencias dictadas por Carlyle se anticipa el análisis del carisma que realiza Weber en su obra. En cualquier caso, estaremos en condiciones de responder a esa afirmación una vez que hayamos

² Otro título relacionado publicado por el autor es: *Las huellas de Fausto. La herencia de Goethe en la sociología de Max Weber*.

destacado los principales puntos de la teoría sobre el carisma de Weber. Para concluir este capítulo, se revisará el análisis que R. Sennett dedica al tema del carisma en las sociedades seculares y los peligros que conlleva.

Llegados a este punto y habiendo pasado por una concepción del político como gerente y por su opuesto, el político como héroe, el objetivo es formular una conceptualización intermedia entre estas dos posturas. El último capítulo tendrá como referencias bibliográficas: *Parlamento y gobierno en una Alemania reconstruida* y la conferencia de 1919 *La política como profesión* de Weber. Estas obras serán particularmente útiles porque, en el primer caso, Weber aplica el funcionamiento de gran parte de su teoría sociológica al caso concreto de la Alemania anterior a la República de Weimar. Es allí donde deja entrever sus propias valoraciones con respecto a los políticos como burócratas y los políticos como líderes. En *La política como profesión*, resulta central analizar las cualidades que Weber estipula para cualquier individuo que planea dedicarse a la política, así como también las relaciones que establece entre ética y política. A los resultados hasta aquí obtenidos debemos sumar una última variable: los peligros advertidos por R. Sennett en lo que él llama *La Tiranía de la Intimidad*.

Al momento de conceptualizar el liderazgo político, además de la bibliografía mencionada, se ha tenido particularmente presente la tesis de Rossana Scaricabarozzi titulada: "Hacia un nuevo concepto de liderazgo". Allí se aborda el tema del liderazgo desde un ángulo distinto al utilizado por el resto de los autores tratados. Dicho enfoque se basa en concebir al liderazgo como un "hecho social". A partir de esta premisa se derivan las siguientes conclusiones: el liderazgo es un proceso social y dinámico en el que entran en juego dos elementos, el colectivo y el líder. A su vez, el líder se presenta como un actor bifronte: por un lado, la persona, por el otro, el personaje. Este último, es una construcción del colectivo y limita el rango de acción de la persona. Es por esta razón que la relación colectivo-líder es de carácter asimétrico, inclinando la balanza del poder hacia el lado del colectivo. Esta aproximación teórica es la base sobre la cual descansa gran parte de la construcción conceptual presentada al final del trabajo.

Resumiendo, el objetivo principal es lograr una síntesis entre dos posturas radicalmente opuestas de la imagen del político: el gerente y el héroe. El intento se concreta en el capítulo IV, para articular esa síntesis con las dos categorías presentadas: el líder sujeto a *la ley de los peces* y al líder como *actor simbólico y transformador*. Como objetivos secundarios se plantea la utilización de fuentes artísticas como base para enriquecer el estudio académico en general y en el campo político en particular.³

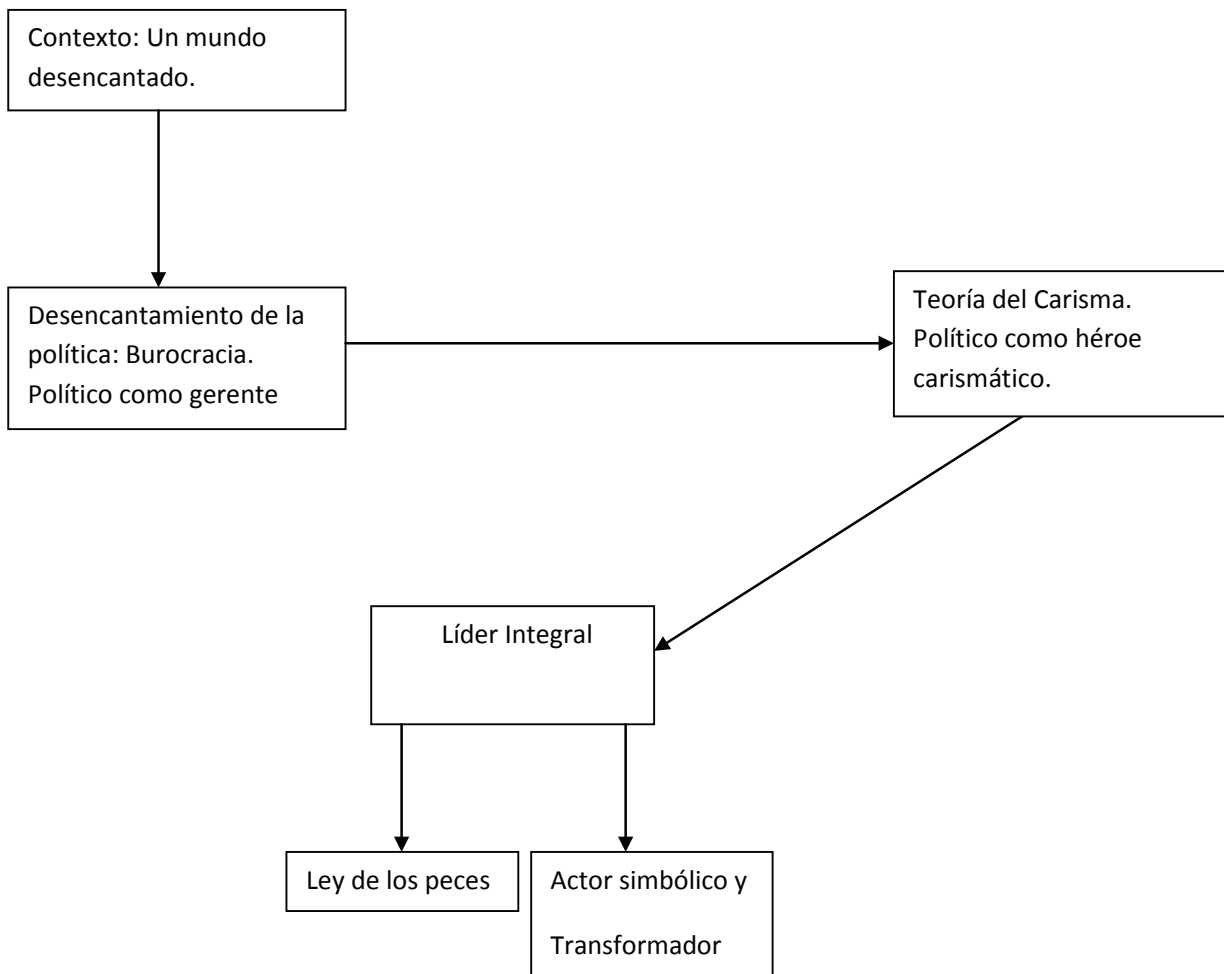
La metodología sobre la cual descansa la presente labor académica puede considerarse no-conventional, al menos en lo concerniente a un aspecto. Es sabido que los manuales clásicos de metodología de las ciencias sociales recomiendan que se cumplan un número determinado de requisitos, a saber: planteamiento del problema, marco teórico, hipótesis, establecimiento de objetivos, estado de la cuestión, etc. A este respecto, el trabajo carece de una hipótesis que se proponga demostrar. La razón fundamentalmente es que el propósito ha sido el de evaluar la bibliografía con una actitud crítica y sistemática, reflexionando sobre las distintas visiones que diversos autores tienen en base a una temática común, es decir, el liderazgo político. Hubiera sido posible, no obstante, formular una hipótesis y articular, quizás por la fuerza, el argumento de los autores para corroborarla o refutarla, y así satisfacer la exigencia que los manuales de metodología proponen. No encuentro nada honesto en semejante actitud. Confío en que el proceso por el cual se han ensamblado las ideas propias y ajenas goce de la suficiente rigurosidad académica como para hacer de esta empresa un trabajo científico.

Procedo a explicar algunas características del proceso implementado. El principal enfoque utilizado ha sido el teórico, aportando el valor de las concepciones, el material categorial, la construcción sistemática

³ Uno de los mayores sustentos para plantear el objetivo secundario lo brinda la provocadora visión de H. White con respecto al rol de la literatura en el mundo académico "moderno": "La literatura, concebida como la alternativa artística del lenguaje ordinario o cotidiano, fue un invento del siglo XIX, una invención teóricamente más fructífera para la comprensión de la cultura (que hemos empezado a considerar como fundada en el lenguaje) que la historiografía supuestamente 'objetiva' del mismo período, como el origen de la moderna antropología en la tradición literaria del período lo demuestra claramente. Y la literatura, tal como se desarrolló en el siglo XIX, en especial en el continente y en América (Inglaterra es una notable excepción; allí, por ejemplo, la novela continuó vinculada a la anterior concepción del arte de la palabra como discurso) representó otra amenaza para el historiador. Pues tal como la practicaron Flaubert, Baudelaire y sus sucesores, la literatura no solo estaba problematizando el lenguaje, también se estaba volviendo cada vez más amenazadora para el modelo retórico en el que confiaba la historiografía convencional para conservar la autoridad con la cual hablaba: la narrativa". (H. White, 2011, p.343)

y lógica y la búsqueda de las pruebas más significativas en la argumentación elaborada. La herramienta de investigación utilizada ha sido el relevamiento bibliográfico en busca de una concepción política del liderazgo en diferentes disciplinas. Aunque la diversidad disciplinaria nutrió la investigación, el eje principal sobre el cual gira la temática lo ocupa la ciencia política. Esto se debe a que el liderazgo político, más allá de su dimensión social, es un concepto relacionado primordialmente con el poder. El estudio de cómo se organiza y distribuye el poder dentro de las concepciones de liderazgo de los distintos autores es un aspecto que se mantuvo presente a lo largo de la investigación.

Mapa conceptual



Capítulo I: Una cartografía de la modernidad.⁴ A modo de contexto

Desencantamiento significa la pérdida de aquel asombro que, de acuerdo con Aristóteles, era el comienzo de todo verdadero pensamiento.

L. Castro Noguera.

Este capítulo se divide en dos partes. En la primera se centra la atención en la categoría analítica de Weber denominada “Desencantamiento del mundo”. En primer lugar, se busca el surgimiento del término para luego identificarlo a través de su vasta obra. Una vez aclarados los contextos en los que se sitúa el concepto, se podrá formular una definición del mismo. En la segunda parte, a raíz de una ligera reinterpretación de dicho término, se aplica a distintas esferas de la vida humana: las artes, la economía, la ciencia y la cultura. Muchos son los autores que han abordado estos temas con un espíritu muy similar al que contiene el concepto weberiano de “desencantamiento”. Ellos servirán de guía en esta segunda parte, la cual pretende brindar un contexto general para entender de dónde surgen las distintas concepciones del político que se analizarán en el trabajo.

Sección I. El Desencantamiento en Max Weber

Antes de comenzar, debemos tomar conciencia (al menos aquellos que desconocemos el manejo de la lengua alemana) del siguiente hecho: las obras de Weber que contamos en nuestra biblioteca son traducciones. Conviene, por lo tanto, hacer una revisión de su significado literal. El original reza: *Entzauberung der Welt*. Ahora, el núcleo de la frase lo constituye el término *Zauber*; los diccionarios aseguran que se traduce como *Magia*. Resulta comprensible por qué en la edición de Austral (traducción de Joaquín Abellán) de “La ciencia como profesión” se lo traduce como *Desmagificación* y en la misma obra editada por Agebe (traducción de Clara Inchauspe de Sanz) se lo sustituye por las frases *Lo mágico del mundo está excluido* y luego por *Liberación de la magia*. El problema con la traducción de Agebe reside en que al utilizar dos expresiones distintas, se pierde la utilidad analítica de la categoría. Confrontadas las dos traducciones restantes, es decir, la del *Desencantamiento del mundo* (Fondo de Cultura Económica, traducción de Luis Legaz Lacambra) y la de la *Desmagificación* (Austral), entiendo que bajo un criterio literal, la segunda es más precisa. Sin embargo, la primera ya cuenta con una tradición en la lengua española, y su melodía resulta más familiar; por esta mera razón fonética es que se utilizará la traducción de *Desencantamiento del mundo*.

El surgimiento de este término en la obra de Weber puede resultar engañoso. Los lectores de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* recordarán de allí esta célebre categoría. Dado que esta obra fue publicada por primera vez en alemán en 1904/1905, no sería raro suponer que fue allí donde surgió el término. Sin embargo, no fue así. La edición de *La ética protestante* que el mundo conoció (y sobre todo fuera de Alemania) fue una segunda edición de 1920, que formaba parte de una obra más amplia traducida como *Ensayos sobre Sociología de la Religión* (editado en español por Taurus). Es allí y no en la edición de 1904/1905 (publicada en forma de artículos en una revista sociológica de la época de la cual Max Weber era fundador junto a W. Sombart y otros) donde aparece el término. Dado que Weber murió enfermo de pulmonía en junio de 1920, no es difícil llegar a la conclusión de que su categoría analítica debió haber sido construida con anterioridad. Es F. Gil Villegas quien nos proporciona los datos según los cuales: “Weber llega a este término después de concluir su *Introducción a la ética económica de las religiones universales*, probablemente alrededor de 1913, así como su Excurso redactado posiblemente en 1915” (*La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Fondo de Cultura Económica, nota crítica de la página 118 de la edición original).

Antes de rastrear las apariciones de este término en su obra, conviene revisar algunas de las especulaciones sobre las fuentes de las cuales Weber pudo haber bebido para llegar a su noción de *Desencantamiento del mundo*. Desde 1946, Gerth y Mills (From Max Weber, Oxford, OUP, 1946, P.51) remontaron la genealogía de la frase a Friedrich Schiller, sin indicar con precisión en dónde ni cómo se

⁴ Adhiero a la utilización del término ‘modernidad’ de M. Berman. Esto es: “un modo de experiencia vital —experiencia de tiempo y espacio, de uno mismo y de los otros, de las posibilidades de la vida y de sus fatalidades— que es compartido por hombres y mujeres alrededor del mundo hoy”. (*Todo lo sólido se disuelve en el aire*. 1988. p. 5) Berman utiliza este concepto representando la sumatoria de las categorías de ‘modernización’ (fuerzas socio-políticas) y ‘modernismo’ (tendencias artístico-culturales).

usó exactamente. Ciertamente la “idea”, aunque no la expresión exacta, puede encontrarse en *Las cartas sobre la educación estética del hombre* (1795), especialmente en la cuarta, la quinta y la sexta, así como también aparece, para desaparecer tan rápidamente como surge, en el diálogo entre Felipe II y el Marqués de Posa durante el tercer acto del *Don Carlos* (1787). Para otros intérpretes, la fuente de inspiración de Weber no se encuentra en el esteticismo de Schiller sino en el nihilismo de Nietzsche.

Dejando de lado las posibles fuentes literarias de la germanística, focalizaremos ahora la atención en transcribir las cuatro ocasiones en que Weber invoca el *Desencantamiento del mundo* en *La ética protestante* y una de las tres veces en que lo hace en *La ciencia como profesión*.⁵

La ética protestante y el espíritu del capitalismo (la cita corresponde a la página de la edición original):

- a) “Este radical abandono [promulgado por el Calvinismo] de la posibilidad de una salvación eclesiástico-sacramental, era el factor decisivo frente al catolicismo. Con él llega a su culminación el proceso de **desencantamiento del mundo** que comenzó con las antiguas profecías judías y que, apoyado en el pensamiento científico heleno, rechazó como superstición y ultraje todos los medios mágicos para buscar la salvación”. (p. 118)
- b) “El **desencantamiento del mundo**, la eliminación de la magia como medio de salvación no fue realizada en la piedad católica con la misma consecuencia que en la religiosidad puritana (o, anteriormente, en la judía). Para el católico, la gracia sacramental de su Iglesia estaba a su disposición como medio de compensar su propia insuficiencia: el sacerdote era el mago que realizaba el milagro del cambio y que tenía en sus manos el poder de las llaves; se podía acudir a él con humildad y arrepentimiento, y él administraba penitencias y otorgaba esperanzas de gracia, seguridad de perdón, y garantizaba la emancipación de la terrible angustia, vivir en la cual era para el calvinista destino inexorable, del que nada ni nadie podía redimirle; para él no había esos consuelos amistosos y humanos y ni siquiera podía esperar, como el católico y aún el luterano, reparar por medio de las buenas obras las horas de debilidad y liviandad”. (p. 142)
- c) “Las diversas confesiones bautistas, siguiendo el modelo de los predeterminacionistas y sobre todo de los calvinistas propiamente dichos, desvalorizaron radicalmente los sacramentos como medio de salvación, y llevaron a sus últimas consecuencias el **desencantamiento del mundo**; sólo la ‘luz interior’ de la revelación continuada capacitaba para comprender incluso las revelaciones bíblicas de Dios”. (p. 190)
- d) “Estas notas de seriedad, austeridad y honradez fueron más tarde apropiadas por el estilo de vida de las generaciones posteriores de bautistas, especialmente por los cuáqueros. El radical **desencantamiento del mundo** no toleró ya otra vía que el ascetismo intramundano”. (p. 193)

La ciencia como profesión:

- e) “La creciente racionalización e intelectualización no significa, por tanto, un mayor conocimiento general de las condiciones de vida bajo las que se vive, sino que significa otra cosa totalmente diferente: significa el conocimiento o la fe de que, si se quisiera, se podrían conocer en todo momento esas condiciones; significa, por tanto, el conocimiento o la fe de que, por principio, no existen poderes ocultos imprevisibles que estén interviniendo sino que, en principio, se pueden dominar más bien todas las cosas mediante el cálculo. Esto significa, sin embargo, **el desencantamiento del mundo**. Ya no hay que acudir a medios mágicos para dominar o aplacar a los espíritus, como el salvaje para quien existían esos poderes” (p. 63-64).

Expuestos los fragmentos anteriores, corresponde definir el significado del *Desencantamiento del mundo*. Si bien el mismo Weber en la cita b) equipara este término con “la eliminación de la magia como medio de salvación”, es indispensable notar que a lo largo de su obra, esta limitación a la esfera religiosa será superada y el *Desencantamiento* conquistará otras (sino todas) dimensiones de la vida humana. Si en *La ética protestante...* el término se utiliza para oponer el modo de conducción de vida ascético, racionalizado y metódico del calvinismo al mágico-ritualista-sacramental del catolicismo (excepción hecha para la rama Jesuita), ya en su *Sociología de la religión* se percibe una aplicación más amplia, a saber: la racionalización occidental como proceso general, donde diversos ámbitos culturales son despojados de

⁵ En la *Sociología de la religión*, contenida en *Economía y Sociedad*, el término aparece por lo menos cinco veces más. Más adelante haré referencia de forma general al cambio de significado que adopta para Weber esta frase tanto en *Economía y Sociedad* como en sus *Ensayos sobre sociología de la religión* (Taurus).

sus sólidos pilares absolutos para relativizarse en el politeísmo de valores, o en la secularización técnica y la ciencia, características de la modernidad.

Esta evolución del concepto es la que se percibe claramente en el fragmento e) de *La ciencia como profesión*. Entendiendo al *Desencantamiento del mundo* como un campo devastado, producto de que el proceso de racionalización⁶ haya cosechado los frutos que necesitaba para su modo de vida secularizado y sistematizado, es preciso entender también que una tierra árida no es una tierra estéril, y que esos frutos volverán a nacer, aunque no en la superficie. Dejando el lenguaje metafórico de lado, debe quedar en claro que la “creencia” es, para el hombre, una necesidad intrínseca. Esta “creencia” puede adoptar distintos objetos, por ejemplo: la creencia en un mundo con sentido, la creencia en el progreso indefinido, la creencia en la huida mística de las religiones orientales, la creencia en las cualidades místicas de los bienes de consumo, la creencia en los poderes mágicos de un sacerdote, la creencia en la vocación como una llamado (*Beruf*) divino, la creencia en el poder espiritual que emana de las obras de arte, la creencia de concebir a las máquinas como obras de arte. T. Carlyle definió a la creencia como el acto saludable de la mente de un hombre. De ser corregida esa afirmación, podría afirmarse que es el acto inevitable de la mente de un hombre. La distinción radica en el reconocimiento de esa creencia, no en su existencia. En su *Sociología de la religión* Weber escribe: “Por otra parte, los residuos irracionales de la racionalización de la realidad se han constituido como las zonas específicas donde se ha visto constreñido a replegar-se el irrefrenable deseo de posesión de valores sobrenaturales. Esto se intensifica cuanto más libre de irracionalidad parece encontrarse el mundo. La imagen primitiva del mundo constituía una unidad cuya esencia era la magia concreta; la escisión de esta unidad ha determinado, por una parte, el conocimiento racional y el dominio racional de la naturaleza, y experiencias ‘místicas’, por la otra. El fondo inefable de estas experiencias es el único ‘más allá’ posible que queda junto a la instrumentalización de un mundo vaciado de sus dioses” (p. 33). Weber percibe correctamente que la magia puede reprimirse, no eliminarse.

En esta segunda parte del capítulo, la categoría weberiana del Desencantamiento que ha sido transformada en una categoría doble y dinámica (*desencantamiento/reencantamiento*) será aplicada a las dimensiones sociales de: las artes, la economía, la ciencia y la cultura. Se podrá ver en cada una de estas esferas cómo la magia es desplazada por la racionalización y hacia donde se traslada.

Sección II. Desencantamiento y Reencantamiento en las esferas de la vida

Las artes

El primer terreno que será sometido a análisis es el de las artes. Son varias las razones. Primero, porque la expresión artística es una necesidad humana y el espíritu humano nos habla desde allí con mayor fuerza, como ya enseñó Dilthey. Segundo, porque el estado en que se encuentra el arte es uno de los signos más claros para interpretar una época histórica, en este caso, la nuestra. Tercero porque revalorizar al arte como puerta de acceso al conocimiento en general es uno de los temas periféricos de esta tesis.

Para guiar la primera fase de esta categoría dinámica, es decir, la del *Desencantamiento*, se utilizará el ya célebre ensayo de W. Benjamin: *La obra de arte en la era de su reproductibilidad técnica*. Este ensayo se ha vuelto célebre por tres razones: en primer lugar, por la genealogía de los medios de reproducción artística que documenta desde la xilografía hasta el cine, pasando también por la fotografía. En segundo lugar, por su concepto de “aura”⁷ y de cómo ésta se va perdiendo a medida que avanzan los medios técnicos de reproducción artística. Por último, es reconocido por su original vinculación entre la Política y el arte reflejado en la siguiente máxima de su epílogo: *Cuando la estética es aplicada a la política su consecuencia es el fascismo; el comunismo responde politizando el arte*.

⁶ Dicho proceso de racionalización ha sido sostenido por diversos autores (Tenbruck, Schluchter, Habermas) como la problemática central en toda la obra de Weber. De aquí deriva la famosa concepción de la “razón instrumental” que llega hasta los escritos (pasando por la escuela de Frankfurt) de M. Foucault. Sin embargo, hay una escuela de pensadores como K. Jaspers, K. Löwith y W. Hennis que entienden al pensamiento de Weber como una cuestión más amplia y profunda al sugerir un planteamiento antropológico existencial por el significado del destino de la humanidad, pues Weber siempre estuvo fundamentalmente preocupado por la cuestión de qué tipos de modo de conducta de vida, y cuáles no, se ven favorecidos o fomentados por determinadas condiciones económico sociales y culturales, lo cual equivale a preguntarse por el “tipo de hombre” que producen tales condiciones.

⁷ Concepto que trasluce la influencia de su amigo G. Scholem, un destacado cabalista.

De este autor será utilizado únicamente lo referido al concepto de “aura”. El argumento reza de la siguiente manera: existe una conexión entre la “autenticidad” de una obra de arte y su contexto social definido. Esta conexión se evidencia en el ritual dentro del cual tiene lugar una determinada apreciación de la obra de arte. La misma obra de arte -hipótesis imposible- sería percibida de distinta manera por el hombre primitivo (función sobrenatural de proporcionar ayuda en las misiones de cacería), por el griego (objeto de veneración) o por los monjes medievales (facultades psíquicas religiosas). En palabras de Benjamin: “El valor único de la obra de arte ‘auténtica’ tiene su base en el ritual, donde yace su valor de uso original” (p.32) Esta unidad entre ‘autenticidad’ y ‘ritual’ es lo que representa el ‘aura’. Si los valores culturales griegos -la guerra, la inteligencia, el amor, el placer, etc.- estaban personificados en las figuras de los dioses -Ares, Atenea, Afrodita, Dionisio-, pues entonces es a ellos a quienes se dirige el arte clásico; construido o descubierto el único Dios, es a él a quien intentará llegar el arte medieval. Por el contrario, en el Renacimiento el objeto del arte se seculariza -con Leonardo y Durero en la cima- y así intenta imitar las formas puras de la naturaleza con el mismo hombre incluido. Es allí donde comienza por primera vez a desvincularse el arte de su función ritual, y por lo tanto, a desdibujarse la noción de ‘aura’, para desaparecer completamente con el advenimiento de la fotografía.

La importancia de la idea merece acudir al texto original que dice: “Aquello que se atrofia en la era de la reproductibilidad técnica es el aura de la obra de arte. Se trata de un proceso sintomático cuya importancia trasciende a la obra misma. Podríamos generalizar y decir: la técnica de la reproducción quita al objeto reproducido del dominio de la tradición. Reproduciéndolo infinitas veces reemplaza una existencia única por una pluralidad de copias; y al permitir que la reproducción alcance al observador o al oyente en su situación particular, reactiva al objeto reproducido. Estos dos procesos conducen a una completa destrucción de la tradición, que es el anverso de la crisis actual y la renovación de la raza humana” (p. 29).

Benjamin describe a la percepción aureática como un fenómeno único de ‘distancia’ que se manifiesta al contemplar una obra de arte (la ‘distancia’, como ocurre con los objetos naturales, no tiene que ver con el espacio físico, sino con una dimensión espiritual). Esta ‘distancia’ se elimina por dos fuerzas: los medios técnicos de reproducción facilitados por el proceso de racionalización (desencantamiento) y el incontenible deseo de las masas de ‘acercarse’ a las cosas, de adueñarse de ellas. La tensión provocada por este proceso se evidencia en la lucha entre el arte como función ritual y el arte como mera exhibición; en la necesidad de contemplación que exige el arte y la búsqueda de entretenimiento en el arte que exigen las masas. Si para Benjamin el ‘aura’ está atrofiada en la obra de arte, aquí se afirmará que el mundo artístico está *desencantado*.⁸

Hasta aquí se ha tratado de equiparar el concepto de desencantamiento con el de la pérdida del ‘aura’. Pero si antes se dijo que la ‘magia’ del mundo no se desvanece sino que se traslada, corresponde ahora averiguar en dónde se ha depositado (donde han crecido los nuevos frutos de la tierra árida), ya que la reproducción técnica del arte la ha desplazado de su lugar original. La búsqueda ha conducido a los siguientes resultados: el *reencantamiento* del arte se produce con el refugio de la ‘magia’ en los siguientes ámbitos:

- a) El alejamiento social que denota la noción de: *L’ art pour l’ art*.
- b) La apreciación de las máquinas como obras de arte.
- c) La huída mística hacia regiones espirituales internas.
- d) El arte Pop.

a) La noción de “el arte por el arte” surge a principios del S. XIX y entre sus promotores podemos contar a figuras de renombre como Gautier, Mallarmé y Poe.

Como ya se vio, el arte en sus comienzos estaba estrechamente vinculado con la religión. Por un lado, el artista buscaba reflejar en sus obras a la divinidad; por el otro, la religión utilizaba instrumentalmente a las obras de arte en sus rituales entre otras cosas como vía para alcanzar el éxtasis. La experiencia era una y la misma: su forma estaba representada por el arte, su contenido por la religión.

⁸ Esta situación también puede ilustrarse con el poema en prosa de C. Baudelaire “La pérdida de un halo” contenido en la compilación *Paris Spleen* (*Le Spleen de Paris*). Allí se narra cómo un poeta, al cruzar apresurado una avenida, deja caer su halo. Este rueda por la calle y queda junto a una zanja en medio del barro. El poeta no tiene tiempo de detenerse a levantarlo y lo abandona allí. Ahora es libre de sumergirse en los burdeles y de experimentar las inmundicias de la vida.

Con el advenimiento del intelectualismo y el proceso de racionalización del mundo (del cual forman parte los medios de reproducción técnica), forma y contenido se desvinculan. El arte no solo comienza a responder a sus propias leyes internas (estéticas) destruyendo en el camino la lógica comunal de fraternidad, sino que además compite con la religión al ser un medio alternativo de salvación, un medio alternativo de escape de las rutinas racionalizadas. El artista juzga que los valores éticos oprimen y limitan la expresión artística y lleva al arte a responder únicamente a los juicios estéticos (del gusto y no de la moral).

L'art pour l'art no solo emancipa al arte del manto moral sino que también lo priva de su poder de crítica social. Así lo expone el mismo Benjamin: "Una teología del arte, lo que dio lugar a lo que podría denominarse una teología negativa en la forma de la idea de arte 'puro', que no solo negaba al arte cualquier función social sino también cualquier categorización por su contenido" (p. 32). Para Benjamin, el futurismo es el resultado lógico de llevar la noción de 'el arte por el arte' hasta sus últimas consecuencias.

b) En la edición del 20 de Febrero de 1909, en el prólogo a una obra de Enrico Cavacchioli, el diario *Le Figaro* publicó por primera vez lo que la historia conocería con el nombre de 'Manifiesto futurista' del filósofo, novelista, poeta, propagandista y auto-publicista F. T. Marinetti. Este manifiesto es importante no sólo por su contenido sino también porque fue el primer manifiesto referido al arte de la historia (género utilizado con anterioridad principalmente con fines políticos). De él surgen imitadores de menor calibre como T. Tzara (dadaísmo) o A. Bretón (surrealismo). La cantidad de palabras es pobre (como en todo buen prólogo), su pudor es austero (como lo exige un manifiesto); su impacto, enorme. En esas tres páginas, Marinetti configuró una visión no solo del arte, sino de una sociedad entera basada en la velocidad, el vértigo, la violencia, los motores y el fuego: "Creemos que este mundo maravilloso ha sido enriquecido con una nueva belleza, la belleza de la velocidad. Un automóvil de carrera, su capó decorado con caños de escape como serpientes con aliento galvánico... un motor de auto rugiendo, que acelera como el fuego de una ametralladora, es más hermoso que la Victoria alada de Samotracia". Esta pasión estética por las máquinas y la adrenalina por ellas producida, sólo podía desembocar en la guerra y, como lo atestigua la historia (y el epílogo del ensayo de Benjamin⁹), así lo hizo. Sin embargo, esta apreciación maquinista del arte sobrevivió al estallido de la primera guerra mundial y entre sus discípulos pueden contarse W. Gropius (fundador de la Bauhaus) y Le Corbusier. También sobrevivió al estallido de la segunda guerra mundial, dirigiendo su discurso personalidades como Buckminster Fuller, Marshall McLuhan y A. Toffler. Algunas palabras del cineasta ruso Dziga Vertov bastarán para ejemplificar las directrices de esta tradición: "Nuestro camino nos guía a través de la poesía de las máquinas del torpe ciudadano al perfecto hombre eléctrico"; "El cine es, también, el arte de inventar movimientos de las cosas en el espacio en respuesta a las demandas de la ciencia"; "La teoría de la relatividad en la pantalla"; "Hurra por la geometría dinámica, la raza de los puntos, las líneas, planos, volúmenes. Hurra por la poesía de las máquinas, propulsadas y dirigidas; la poesía de las palancas, las ruedas y alas de acero; el metálico grito de los movimientos". (We: variations of a manifiesto, 1922)

c) Una tercera postura frente a la opresión que el materialismo impulsado por la razón ejerció sobre las artes, fue la promulgada por el pintor y teórico ruso V. Kandinsky. Este artista rechazó tanto los objetos tradicionales del arte (Dioses, Dios, Naturaleza) como los modernos, es decir, la estética maquinista y la doctrina del arte por el arte. Con respecto a esta última declara: "[Refiriéndose a la obra de arte] ésta es contemplada con ojos fríos y espíritu indiferente. Los expertos admiran la 'fractura' (así como se admira a un equilibrista), paladean la 'pintura' (como se paladea una empanada). Las almas hambrientas se van hambrientas. La gran masa pasea por las salas y encuentra los lienzos 'bonitos' y 'grandiosos'. El hombre que podría decir algo al hombre no ha dicho nada, y el hombre que podría oír no ha oído nada. Este estado del arte se llama *L'art pour l'art*. La destrucción de los sonidos internos, que son la vida de los colores, la dispersión de las fuerzas del artista en el vacío, es el 'arte por el arte'" (*De lo espiritual en el arte*. 1911 p. 24).

Rechazando así todo aquello que lo había precedido, Kandinsky funda la escuela de pintura abstracta basándola en la vida interna del alma del artista y en su habilidad para llegar al alma del espectador. Es ésta una escuela pictórica que quiere aplicar los principios de la música y llevarlos sobre el lienzo. "En general, el color es un medio para ejercer una influencia directa sobre el alma. El color es la tecla. El ojo el macillo. El alma es el piano con muchas cuerdas. El artista es la mano que, por esta o aquella tecla, hace vibrar adecuadamente el alma humana" (p. 54).

⁹ Benjamin escribe "La obra de arte en su era de la reproductibilidad técnica" entre 1935-1936, por lo tanto, la guerra que predice es la 2ª guerra mundial.

d) Finalmente, a principios de la década de 1960 surge el fenómeno Pop. En él no hay rastros de espiritualidad, pero tampoco de esa rígida y fría actitud que Kandinsky denuncia como 'arte por el arte'. Podemos advertir una exaltación, aunque ya no a las máquinas y a sus promesas de llevar al hombre a convertirse él mismo en una máquina. El enamoramiento Pop es con la vida cotidiana: el entretenimiento comercial, la tecnología industrial, la moda, el diseño, la política... Se caracteriza también por una producción multimediática fusionando distintas artes. Sus fuentes de inspiración lindan con los contornos de la sociedad misma. Sus recursos son inagotables; su público, masivo. Esta ingenua, alegre y despreocupada forma de *reencantar* la esfera artística, se ha convertido en un espectáculo masivo sin profundidad alguna más allá de lo puramente comercial. M. Berman lo pone en estos términos: "El problema fue que el modernismo Pop nunca desarrolló una perspectiva crítica que pudo haber clarificado el punto en el cual la apertura al mundo moderno debe detenerse, y el punto en el cual el artista moderno debe ver y decir que algunos de los poderes de este mundo deben irse" (*Todo lo sólido se disuelve en el aire*. 1988. p.32).

El trayecto hasta aquí delineado sobre algunos de los fundamentos y funciones del arte permiten concluir que el fenómeno Pop, aunque evidencie una cierta nota de *reencantamiento*, sólo ha logrado extenderse por la corteza de lo esencialmente artístico. Sin poder de denuncia social o capacidad de culto a alguna divinidad (exceptuando las estrellas de cine o de rock) se ha convertido en un aspecto sintomático de nuestros días. La absoluta rendición del arte Pop a los poderes económicos brinda un buen sostén para continuar con el análisis de la próxima sección.

La economía

Lo escrito sobre la temática del *Desencantamiento del mundo* económico es por lo menos abundante. Aquí nos interesa plasmar una noción general de lo que esto significa y luego hacer referencia a dos repercusiones más específicas que tuvo sobre el ámbito del trabajo y el consumo, es decir, el modo en que la mayoría de los hombres se relacionan con la economía.

Hay que entender primero que la economía racional es una organización funcional dirigida a la fijación de precios monetarios surgidos de las luchas de intereses entre los hombres verificadas en el mercado (Weber. *Sociología de la Religión*. p. 82). La principal característica de esta economía la constituye, por un lado, la contabilidad moderna basada en el cálculo, por el otro, el medio de cambio más abstracto e impersonal que conoce la vida humana: el dinero. Y es precisamente este aspecto impersonal el que fue promovido por la racionalización, ya que antiguamente (Edad Media) la economía se basaba estrictamente en relaciones personales entre amo y esclavo, y por lo tanto, eran susceptibles de ser reguladas éticamente (Ibíd. p. 83).

En *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Weber dedica toda su atención a estudiar el último vínculo religioso que unió a la economía con una lógica de fraternidad. La tensión y la consecuente ruptura entre el capitalismo y las religiones de salvación (misterios eleusinos, la religión fenicia y védica, la religión animista china, el antiguo judaísmo, el antiguo islamismo y el catolicismo) datan del mismo instante en que la economía comenzó a racionalizarse.

Sin embargo, el cristianismo protestante (primordialmente el calvinista) logró, mediante su estilo de vida metódico y desinteresado (orientado al trabajo por medio de la vocación), entablar una conexión fértil con el capitalismo.¹⁰ Pero esta idílica relación (como todas...) llegará a su fin y el capitalismo no podrá evitar devenir (según la poco literal traducción de T. Parsons) en una 'jaula de hierro'. Se transcriben a continuación unos fragmentos finales de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*:¹¹ "A juicio de Baxter, la preocupación por la riqueza no debería pesar sobre los hombros de sus santos más que como un 'manto sutil que en cualquier momento se puede arrojar al suelo'. Pero la fatalidad hizo que el manto se

¹⁰ Siempre recordando que no es una relación causal la que Weber establece (de que el capitalismo tenga su génesis en el protestantismo) sino lo que él mismo denomina una relación de "afinidades electivas". Esta expresión la toma de una novela de Goethe en la cual dos parejas intercambian a sus consortes. Goethe, a su vez, toma el término de la química, donde algunos elementos muestran propensión a vincularse con otros.

¹¹ La primera vez que leí esta cita no fue en *La ética protestante* sino en la versión de la historia del pensamiento de R. Tarnas titulada *La pasión de la mente occidental*. La segunda vez fue en la edición de Fondo de Cultura Económica de *La ética protestante* (traducción a la cual sigo en este caso, intercalando algunos términos de la herética traducción de Parsons). Esto únicamente respondiendo a fines estéticos). La tercera vez fue en la introducción que M. Berman realiza en su libro *Todo lo sólido se disuelve en el aire*.

trocarse en un caparazón duro como el acero. [...] El caparazón ha quedado vacío de espíritu, quien sabe si definitivamente. En todo caso, el capitalismo victorioso no necesita ya de este apoyo religioso, puesto que descansa en fundamentos mecánicos. También parece haber muerto definitivamente la rosada mentalidad de la riente sucesora del puritanismo, 'La Ilustración' y la idea del 'deber profesional' ronda por nuestra vida como un fantasma de ideas religiosas ya pasadas. [...] Nadie sabe quién ocupará en el futuro ese caparazón, si al final de este tremendo desarrollo surgirán profetas completamente nuevos, si se producirá un gran renacimiento de viejas ideas y antiguos ideales, o si solo quedará la petrificación mecanizada, adornada con una suerte de convulsivo engruimiento. Pues de la última fase de este desarrollo cultural podría muy bien decirse: 'especialistas sin espíritu, sensualistas sin corazón; esta nulidad imagina que ha alcanzado un nivel de civilización que jamás antes se había logrado'" (p. 248 de la versión de 1920).

Este cosmos de orden económico hostil es el producto de un proceso que comenzó cuando el puritanismo despojó el carácter mágico-sacramental del culto cristiano.

Por otra parte, Marx, en el *Manifiesto comunista* se refiere al *Desencantamiento* económico en éstos términos: "La burguesía ha despojado de su aureola a todas las profesiones que hasta entonces se tenían por venerables y dignas de piadoso respeto" (énfasis mío). El acento es puesto no en el ethos ético-religioso sino en el dominio que la clase burguesa ejerce sobre la estructura económica -correspondiéndose con el materialismo histórico-.

Es posible afirmar junto con Weber que estas dos concepciones no son excluyentes; muy por el contrario, si es que el hombre es capaz de lograr algún nivel de entendimiento histórico, ambas posturas deben ser aceptadas y conjugadas. Este trabajo no se propone articular el pensamiento de Marx y de Weber, por lo tanto, nos limitaremos a señalar la similitud entre lo que Marx llama *aureola* y su pérdida en el moderno sistema capitalista y lo que hasta el momento se ha identificado como *Desencantamiento* siguiendo el vocabulario weberiano.

Más allá de sus consecuencias alienantes, el Capitalismo ha sido el sistema económico más exitoso que la humanidad ha conocido. Dicho éxito se basa no solo en la cantidad y profundidad de cambios que ha operado en el mundo del hombre sino además en su carácter dinámico. A menos que juzguemos los escritos de Marx con una vara temporal computada en eones, su profecía del colapso capitalista ha fallado. Este fracaso puede adjudicarse a la capacidad de transformación continua que posee el capitalismo. Desde su génesis, ha provocado y superado sucesivas crisis económicas y ha fagocitado a sus propios críticos expulsándolos como mercancía. Sin embargo, con cada actualización del capitalismo, también se actualizan los modos en que sus componentes humanos, los trabajadores, son utilizados e indefectiblemente oprimidos.

Se analiza a continuación, el pasaje de un trabajo manual (capitalismo de Marx) a uno informático (capitalismo de Sennett). Veamos primero, las condiciones de los trabajadores del S. XIX: "El creciente empleo de las máquinas y la división del trabajo quitan al trabajo del proletario todo carácter propio y le hacen perder con ello todo atractivo para el obrero. Este se convierte en un simple apéndice de la máquina, y sólo se le exigen las operaciones más sencillas, más monótonas y de más fácil aprendizaje. [...] Cuanta menos habilidad y fuerza requiere el trabajo manual, es decir, cuanto mayor es el desarrollo de la industria moderna, mayor es la proporción en que el trabajo de los hombres es suplantado por el de las mujeres y los niños. Por lo que respecta a la clase obrera, las diferencias de edad y sexo pierden toda significación social. No hay más que instrumentos de trabajo, cuyo coste varía según la edad y el sexo". (K. Marx. *Manifiesto comunista*).

De esta clásica descripción de las condiciones laborales en el capitalismo industrial, lo esencial parece ser su carácter manual. Un siglo y medio más tarde, sin embargo, el capitalismo se ha transfigurado, el carácter manual atenuado, y su opresión a la clase trabajadora mantenida.

Sennett, en *El declive del hombre público*, ilustra la actualización de la alienación laboral con estas palabras: "Una clase especial ha aparecido a raíz de esta división del trabajo dentro del mundo profesionalizado. Se compone de personas que realizan un trabajo cuasi técnico, cuasi rutinario: programadores informáticos, analistas del flujo de cuentas a cobrar, los que ocupan los niveles inferiores de control y procesamiento de valores en casas de cambio, etc. Los miembros de esta categoría especial de las clases 'moyennes' todavía no posee una identidad grupal, una cultura de clase que los represente, ni

en el control del uso de sus propias habilidades ni en la ejecución de tareas que son tan rutinarias que cualquier persona de la calle podría realizarlas de forma inmediata. Constituyen una clase de recién llegados. Y es también, en Norteamérica y en Europa Occidental, el sector de más rápida expansión de la fuerza de trabajo". (p. 402).

La similitud de estas dos citas tan alejadas en el tiempo sugieren que si bien los medios de producción, gracias a los avances tecnológicos, han cambiado de una industria de ensamblaje a una industria informática y procesadora de datos, ambas permanecen iguales en esencia; ambas representan un punto distinto en el continuum del proceso de racionalización; ambas son manifestaciones del *Desencantamiento* económico.

Corresponde analizar ahora hacia dónde se dirigió (o en donde se refugió) la 'magia' que una vez unieron al artesano con su labor y que el capitalismo destruyó. La percepción del mundo como un todo coherente y provisto de sentido es una necesidad espiritual del hombre (o un síntoma de la psique humana según se prefiera). Cuando esta percepción es desgarrada por la 'ratio' (separación), el hombre busca trasladar esa necesidad a porciones del mundo cada vez más pequeñas. En la modernidad, el capitalismo empujó esa porción del mundo al extremo de los bienes de consumo. Marx percibió este fenómeno y lo denominó "fetichismo del artículo de consumo". Claro que para Marx, la mistificación de los objetos materiales que circulaban en el mercado era una estrategia para ocultar las siniestras fuerzas de dominación que subyugaba a los proletarios. "En *El Capital* [Marx] escribió que cada objeto manufacturado bajo las condiciones del capitalismo moderno se transforma en un 'jeroglífico social'; con ello quería significar que las iniquidades en las relaciones entre patrón y trabajador que producía ese objeto podían ser disfrazadas. Se podía dispersar la atención a partir de las condiciones sociales en las cuales los objetos eran producidos y con respecto a los objetos mismos, si los objetos podían adquirir un misterio, un significado, un grupo de asociaciones que no tenían absolutamente ninguna relación con su uso". (R. Sennett. *El declive del hombre público*. p. 183).

La publicidad es la encargada de confeccionar ese 'disfraz' y el diseño Pop es la etiqueta que llevan sus prendas.

La Ciencia

En esta sección se abordarán las fases de *desencantamiento/reencantamiento* en relación a la ciencia. Es preciso aclarar que la concepción de 'ciencia' que manejaremos va mucho más allá de lo que comúnmente se entiende por este término, es decir: el método científico aplicado a las distintas áreas del estudio del mundo. Este método, que se basa en la reducción de la realidad a modelos de estudio para luego ser manipulados (controlar variables) y llegar a resultados 'más precisos y verificables' es el producto de una determinada concepción del mundo. La herramienta histórica que permite estudiar las concepciones del mundo es la categoría conocida con el nombre de: *cosmovisión*. Una *cosmovisión* puede estar circunscripta geográfica o temporalmente, sin embargo, su característica distintiva es la preeminencia de una línea de pensamiento determinada que modifica toda la interpretación que los individuos tienen del universo en el que habitan. Fue Dilthey quien, al realizar un estudio empírico de la morfología del espíritu a través de la historia, descubrió que estas formas de concebir al mundo no eran infinitas. Así, logró trazar tres líneas transversales que unían distintas latitudes temporales. La que me interesa en esta sección es la que el ilustre historiador llamó: *Naturalismo*.

Eugenio Pucciarelli la definió así: "Sus orígenes remontan a Demócrito, Epicuro y Lucrecio; llega hasta nuestros días por la línea que pasa por Hobbes, los enciclopedistas, los materialistas modernos, Comte y Avenarius. El sensualismo es el rasgo dominante de su gnoseología; el materialismo, la dirección de su metafísica; si permanece en los límites de la experiencia y rechaza la metafísica, adopta la forma del positivismo; ante el problema ético, cuando es consecuente, se orienta hacia el hedonismo. El estudio de la naturaleza precede al estudio del hombre. Con el auxilio de la matemática y el experimento penetra en la trama del mundo físico y descubre las leyes que rigen el cosmos: la materia es concebida como realidad absoluta, última sustancia de lo real (materialismo), o tiene carácter fenomenal (positivo). El mundo es una totalidad causalmente determinada en la cual no caben los conceptos de Libertad, valor y fin" (Introducción a *La esencia de la filosofía* de Dilthey).

Podemos permitirnos el atrevimiento de vincular esta lista de sistemas filosóficos con el término 'ciencia' porque, a diferencia de oriente, la filosofía ha gozado de una autonomía que desde los griegos hasta hoy (exceptuando a los filósofos medievales) le ha permitido seguir el ritmo de los descubrimientos en el campo de la naturaleza. Al no existir una autoridad moral superior, la filosofía occidental se ha podido permitir reflexionar y criticar todos los ámbitos de la vida humana, incluido el método de investigación científica mismo. Asimismo, la filosofía ha tomado a los descubrimientos proporcionados por el método científico como base orientativa y ha derivado sus implicancias hacia otras esferas de la vida del hombre. La influencia, en los tiempos de Copérnico y hasta de Kepler y Galileo, era mutua; muchas de las investigaciones de estos científicos estaban guiadas por doctrinas filosóficas. Esta reciprocidad, lamentablemente se ha desgarrado y quizás el único ámbito en donde la filosofía aún influye sobre la ciencia es en el de la epistemología, siendo Kuhn, Popper y Lakatos los exponentes de mayor renombre.

Por otro lado, es importante destacar que el "cientificismo" no es una garantía de validez universal (tanto menos cuanto más reducidos sean los modelos sobre los cuales trabaja). Según el mismo Weber: "A pesar de que la ciencia ha configurado este cosmos de causalidad natural, no ha podido dilucidar con seguridad sus propios supuestos esenciales. No obstante, la ciencia ha pretendido, en nombre de la 'integridad intelectual' ser la única posible concepción racional del mundo". (*Sociología de la religión*. p. 123).

Por último, si la ciencia es la emisaria que la modernidad ha designado como la encargada de comunicarnos los descubrimientos últimos que el intelecto humano es capaz de realizar, debemos denunciarla como la emisaria más desagradable que la humanidad haya conocido. Los hombres les han transmitido el conocimiento a los hombres en forma de mitos, alegorías y moralejas. Quizás la épica naturalista de Lucrecio *De rerum natura* sea el ejemplo más ambicioso de transmitir un sistema científico bañado en la miel de la poesía. También el último, ya que nuestros días solo conocen una divulgación científica árida y fría como un quirófano.

Comentados los puntos anteriores, quizás sea esclarecedor interpretar a 'la ciencia' meramente como la esfera *intelectual* de la vida humana. Podemos dedicarnos ahora a tratar las implicancias que el *Desencantamiento del mundo* tuvo sobre este predominante linaje intelectual.

Richard Tarnas, historiador de la cultura, filósofo y psicólogo, es consciente de la fundamental relación que debe existir entre estilo y contenido. Es por eso que lo elegimos como exponente sobre el tema: "Con Galileo, Descartes y Newton se forjó la nueva ciencia, se definió una nueva cosmología y se abrió al hombre un nuevo mundo en el que su poderosa inteligencia podía actuar con libertad y eficacia renovadas. Sin embargo, al mismo tiempo ese nuevo mundo quedó despojado de todo el encantamiento de las cualidades personales y espirituales que durante milenios habían proporcionado a los seres humanos el sentimiento de sentido cósmico. El nuevo universo era una máquina, un mecanismo de fuerza y materia desprovista de metas y finalidades, vacía de inteligencia o de conciencia, fundamentalmente ajeno a lo humano. El mundo premoderno estaba impregnado de categorías de significación humanas, todas las cuales pasaron a ser, para la percepción moderna, meras proyecciones antropomórficas. Espíritu y materia, psique y mundo, eran realidades separadas. Así pues, la liberación científica del dogma teológico y de la superstición animista se vio acompañada de un nuevo sentido de alienación respecto del mundo que ya no respondía a valores humanos ni ofrecía un contexto redentor en cuyo seno pudieran comprenderse los problemas más graves de la existencia del hombre. Análogamente, con el análisis cuantitativo del mundo propio de las ciencias, la liberación metodológica de las distorsiones subjetivas se vio acompañada del debilitamiento ontológico de todas aquellas cualidades —emocionales, estéticas, éticas, sensoriales, imaginativas, intencionales— que parecían más constitutivas de la experiencia humana". (*La pasión de la mente occidental*. p. 410-411).

Así las cosas, cada descubrimiento fue un paso por el sendero de la relativización y de la impersonalidad. Darwin nos liberó del rígido mito creacionista solo al precio de transformarnos en los animales victoriosos de este mundo.¹² Freud nos reveló los tesoros arqueológicos del inconsciente solo al precio de destruir la figura de Dios al concebirla como una necesidad adulta de paternidad perdida. La viril actitud científica nos ha emancipado tanto de la naturaleza y de nuestras creencias que al hombre moderno solo le queda como opción la fe en el progreso infinito de la casta científica. Pero esta es una fe que solo le

¹² Para un intento de síntesis entre la concepción evolutiva y la creacionista véase el ensayo de Borges titulado "La Creación y P. H. Goose". Para una parodia del conflicto, véase el capítulo de *Futurama: A clockwork origin*.

promete la salvación a quien pueda mantener su paso continuo e infinito; el hombre (con su condición mortal incluida), lamentablemente no está a la altura de semejante proceso. Weber toma de Tolstoi la noción según a cual para el hombre de ciencia (y para todos sus seguidores seculares) la muerte se revela como un hecho sin sentido ya que 'puede estar cansado de la vida pero nunca saciado'.

Se ha dicho que una cosmovisión se caracteriza por la preeminencia de un pensamiento determinado. Sin embargo, en toda época coexisten otras corrientes de pensamiento paralelas a la dominante. Estas líneas paralelas de pensamiento subsisten en las sombras (sobre todo de la historiografía) hasta que alguna de ellas, en el momento adecuado (*Kairós*) cobra la fuerza necesaria para destronar a la visión reinante. Es así que existen, en nuestros días, filosofías y descubrimientos científicos que se orientan en otra dirección. La llamada filosofía integral (Gebser; Campbell; Aurobindo) se preocupa por recuperar aquello que ha sido negligentemente ignorado por el *naturalismo* e incorporarlo al actual estado del pensamiento. La psicología transpersonal (S. Groff) se orienta hacia una síntesis de las posturas freudianas y jungianas estudiando en profundidad el misterio del parto y sus repercusiones psicológicas. La divulgada teoría Gaia intenta brindar una nueva concepción de la naturaleza como un ser coherente y pensante que se auto-regula. El investigador del M.I.T. Seth Lloyd, en su libro *Programming the Universe* propone la teoría de que el universo opera como una gran computadora cuántica y que en el futuro será posible descifrar el programa que lo hace funcionar.

Estas corrientes alternativas y muchas otras, buscan plantear una opción al actual *Desencantamiento del mundo* configurado por la ciencia; buscan un terreno fértil para *reencantar el mundo*.

La Cultura

La última sección que se someterá al esquema del *Desencantamiento/Reencantamiento* es la de la cultura, entendiendo por cultura la configuración de valores que rige en una sociedad. Es preciso admitir en este punto que el término *valores sociales* no es claro en absoluto. Todo pensador social medianamente serio debería tomarse la molestia de volver explícito el significado de un concepto tan esquivo. Aquí se entenderá que los valores son *ideas valoradas* y que en distintos momentos adquieren una jerarquía específica entre ellos. El interrogante se traslada entonces al criterio sobre el que reposa dicha jerarquía. R. Sennett sostiene que esta jerarquía descansa en una creencia convertida en una activación del conocimiento lógico de la vida social. En otras palabras, los valores sociales son parte de una ideología.

Bajo estas condiciones, el esquema dinámico de *Desencantamiento/Reencantamiento* pierde el significado que había adquirido en las secciones anteriores. Sin embargo, aún será útil para ilustrar el pasaje de ciertas *ideas valoradas* que ocupaban la cima del ordenamiento jerárquico a escalafones más bajos; a este descenso se lo denominará como *desencantamiento*. Por el contrario, el ascenso de otras ideas valoradas a la cima de la estructura de creencias será entendido como *reencantamiento*.¹³

Antes de realizar el brevísimo excurso por la historia de la configuración de valores sociales, conviene hacer una aclaración. En *La ciencia como profesión* Weber menciona que los valores sí han sido sometidos a un *desencantamiento* en el sentido literal del término (perder la 'magia'). Esto sucedió cuando los dioses griegos, que ciertamente representaban *ideas valoradas* fueron abandonados en pos de entidades abstractas despersonalizadas. Sin embargo, no es posible tomar este hecho como el foco de la presente sección porque bajo esos términos no se ha producido un *reencantamiento*. Bajo esos términos, los dioses siguen muertos.¹⁴

¹³ Claro que en lugar de toda esta parafernalia teórica podría avocarme a realizar un estudio interpretativo de la letra del maestro Dcépolo en su famoso *Cambalache*.

¹⁴ Prueba esta afirmación el relato (soñado) de Borges titulado *Ragnarok*, de cuya totalidad transcribo aquí unos fragmentos para deleite del lector: "Una voz gritó: ¡Ahí vienen! y después ¡los Dioses! ¡los Dioses! Cuatro a cinco sujetos salieron de la turba y ocuparon la tarima del Aula Magna. Todos aplaudimos, llorando; eran los Dioses que volvían al cabo de un destierro de siglos. Agrandados por la tarima, la cabeza hechada hacia atrás y el pecho hacia adelante, recibieron con soberbia nuestro homenaje. Uno sostenía una rama, que se conformaba, sin duda, a la sencilla botánica de los sueños; otro, en amplio ademán, extendía una mano que era una garra; una de las caras de Jano miraba con recelo el encorvado pico de Thoth. Tal vez excitado por nuestros aplausos, uno, ya no se cual, prorrumpió en un cloqueo victorioso, increíblemente agrio, con algo de gárgara y de silbido. Las cosas, desde aquel momento, cambiaron. [...] Bruscamente sentimos que jugaban su última carta, que eran taimados, ignorantes y crueles como viejos animales de presa y que, si nos dejábamos ganar por el miedo o la lástima, acabarían por destruirnos. Sacamos los pesados revólveres (de pronto hubo revólveres en el sueño) y alegremente dimos muerte a los Dioses". (*Ragnarok*. Incluido en *El hacedor*. 1960)

Comenzando con la Escolástica de la Edad Media como punto de partida, y con Sto. Tomás de Aquino como su máximo exponente, podemos bosquejar una pirámide de valores cuya cima la ocupa 'el Amor a Dios', a éste lo sigue la búsqueda de la verdad, es decir el interés por el conocimiento, y en el último puesto descansan las sensaciones personales. Las concepciones ordenadas de los pensadores medievales, como la idea de un ser equilibrado por el bien, la verdad y la belleza, y la autoridad indisputada de la Iglesia hacen de este período el retrato más nítido de lo que se podría percibir como la 'estructura de los valores sociales'. Con el advenimiento del hombre renacentista, el amor es desplazado del podio (*desencantamiento*) al dejar de ser Dios el centro de atención y la meta (como lo atestiguan las artes y las ciencias). La teología abdica y asume la anatomía. Ahora la cima es ocupada por el conocimiento (*reencantamiento*) y el amor permanece en segundo lugar; el sentir, el mundo de las sensaciones, permanece relegado en la base de la pirámide.

El siguiente paso lo constituye la Revolución Francesa. Allí, la arbitraria imposición de los Derechos Humanos obliga al conocimiento a compartir el vórtice con la Libertad y la Igualdad. La Fraternidad, entendida como amor entre hermanos, ocupa el segundo lugar que antes ocupaba el amor a Dios; los sentimientos privados aún se encuentran contenidos en el último lugar. Sin embargo, las corrientes relativizadoras del S.XIX destruyen la concepción de una estructura ordenada y jerárquica; "desde Nietzsche sabemos que algo puede ser bello no sólo aunque no sea bueno, sino en cuanto que no es bueno, y antes de Nietzsche lo encuentran ustedes formulado en las *Fleurs du Mal*, título que dio Baudelaire a su libro de poemas. Y es de sabiduría popular el que algo puede ser verdadero aunque no sea bello ni santo ni bueno y precisamente en cuanto no lo sea" (*La ciencia como profesión*. p. 81).

A este caos valorativo se le suma otro fenómeno producido por la modernidad: el pasaje del énfasis de la vida pública a la vida privada. Weber declara hacia el final de su conferencia *La ciencia como profesión* que: "El destino de nuestro tiempo, con su racionalización e intelectualización y, sobre todo con su desencantamiento del mundo, es que los valores fundamentales y más sublimes se hayan retirado de la vida pública al reino transmundano de la vida mística o a la fraternidad de las relaciones inmediatas entre los individuos."¹⁵ (p. 82).

En este escenario desarticulado, secular y con un acento en la vida íntima, el único valor que sobrevive (*reencantamiento*) es el de las sensaciones. En la filosofía moral, a esta situación se la ha bautizado como: 'emotivismo'; su principal vocero fue E. G. Moore: "los afectos personales y los goces estéticos incluyen todos los grandes, y con mucho los mayores bienes que podamos imaginar. Esta es la última y fundamental verdad de la filosofía moral". (*Principia Ethica*; final del capítulo sexto).

El modelo de verdad que se desprende es uno basado en la inmediatez, en lo inmanente, y por lo tanto en lo empírico.

Resulta útil ilustrar esta situación con una cita literaria. Ya se ha dicho que uno de los objetivos del presente trabajo es revalorar a las obras de arte como puerta de entrada al conocimiento. Se transcribe aquí, pues, un fragmento del *Libro del Desasosiego* de Fernando Pessoa: "A quien como yo no sabe, viviendo, tener vida, ¿qué le resta sino, como a mis pocos pares, la renuncia por modo y la contemplación por destino? No sabiendo qué es la vida religiosa, incapaces de saberlo, porque no se tiene fe con la razón; no pudiendo tampoco tener fe en esa abstracción llamada Hombre, ni sabiendo incluso qué hacer con ella ante nosotros, nos quedaba, como motivo para tener alma, la contemplación estética de la vida. Y así, ajenos a la solemnidad de todos los mundos, indiferentes a lo divino y despreciadores de lo humano, nos entregamos con frivolidad a la sensación sin propósito, cultivada en un epicureísmo suave, como conviene a nuestros nervios cerebrales". (*Libro del Desasosiego*. Trecho inicial o fragmento N° 1).

¹⁵ Compárese esta cita de Weber con la siguiente de O. Spengler: "Comienza el pensamiento fáustico a experimentar la náusea de las máquinas. Se propaga una lasitud, una especie de pacifismo en la lucha contra la Naturaleza. Algunos hombres retornan hacia modos de vida más simples y más cercanos a ella; dedican su tiempo a los deportes antes que a las experiencias técnicas. Las grandes ciudades se vuelven odiosas para ellos y aspiran a evadirse de la abrumadora opresión de los hechos sin alma, de la atmósfera rígida y glacial de la organización técnica. Y precisamente son los talentos poderosos y creadores que dan así la espalda a los problemas prácticos y a las ciencias, para entregarse a las especulaciones desinteresadas. El ocultismo y el espiritismo, las filosofías indias, la curiosidad metafísica bajo el manto cristiano o pagano que eran objeto de desprecio en la época de Darwin, conocen hoy en día su Renacimiento. Es el espíritu de Roma en el siglo de Augusto. Hastiados de la vida, los hombres huyen de la civilización y busca refugio en países donde subsiste una vida y unas condiciones primitivas, en el vagabundeo o en el suicidio". (*El hombre y la técnica*)

En nuestro tiempo reinan las sensaciones sobre el conocimiento o el amor, los juicios estéticos de la vida (*me gusta/ya no me gusta*) sobre los éticos, la inmediatez sobre el recogimiento, la ansiedad sobre la paciencia y lo privado (el foco en la vida íntima) sobre lo público.

Capítulo II: Desencantamiento de la política. El político como gerente

Los intérpretes dicen al respecto: la exacta comprensión de una cosa y su mala interpretación no se excluyen totalmente.

F. Kafka. *El Proceso*.

Hasta aquí se ha intentado brindar un panorama muy general sobre cuáles han sido las consecuencias de un determinado tipo de mentalidad sobre distintos aspectos de la vida del hombre. Los cuatro aspectos estudiados han sido analizados en un esquema de Desencantamiento/Reencantamiento. Los capítulos II y III siguen el mismo esquema y ambos comprenden lo que corresponde a la esfera política. El capítulo II representa la fase de *Desencantamiento* y el III la de *Reencantamiento*. Se expone ahora, siguiendo al profesor de Friburgo, que entendemos por *Desencantamiento* de la política.

Sección I: Dominación Burocrática en Max Weber

Este momento se presenta propicio para hacer referencia a la concepción epistemológica y metodológica de Max Weber. Las cuestiones a abordar se asientan en dos asuntos: el primero es su concepción acerca de la finalidad de la ciencia, y el segundo es la necesidad de mantener la objetividad en el trabajo científico, que puede analizarse recurriendo a: *La objetividad cognoscitiva de la ciencia social y de la política social* (Aморrortu, 2006).

La posición que Weber adopta con respecto a la ciencia y lo que ésta le aporta al científico está en absoluta oposición con una de las corrientes imperantes en la educación universitaria alemana de ese entonces: el neohumanismo de Humboldt. Dicha corriente afirmaba que la ciencia tenía como objetivo modificar el carácter del científico. La ciencia representa el despliegue natural de la personalidad al ser un conjunto de conocimientos que el individuo ha logrado articular por sí mismo. No se busca el conocimiento por el conocimiento mismo, sino el conocimiento entendido como sabiduría personal y como formador del individuo. Así lo atestigua algún pasaje de la obra de Humboldt en donde afirma: "Solo la ciencia que brota del interior y puede arraigar en él transforma también el carácter".

Por su lado, para Weber la ciencia aporta conocimientos sobre la técnica que, con su cálculo y su consecuente capacidad de previsión, domina la vida. Al mismo tiempo, aporta los métodos para pensar y sobre todo aporta ayuda y claridad a la hora de hacer examen de conciencia sobre el sentido del propio quehacer humano. Conviene recordar aquí, que para Weber existía una relación antagónica de valores irreconciliables. Por lo tanto, no es el deber de la ciencia orientar al científico hacia alguno de esos valores, sino advertirle sobre las consecuencias últimas de haber adoptado dicho valor.

Para cumplir con esta menos excitante pero más honesta misión, la ciencia debe conservar en todo momento una neutralidad valorativa. Para Weber, la validez objetiva de todo saber empírico descansa en esto y solo en esto: "Que la realidad dada se ordene según categorías que son 'subjetivas' en un sentido específico, en cuanto representan el presupuesto de nuestro conocimiento y están ligadas al presupuesto 'del valor' de aquella verdad que solo el saber empírico puede proporcionarnos. Nada tenemos que ofrecer, con los medios de nuestra ciencia, a quien no juzgue valiosa esta verdad; y la fe en el valor de la verdad científica es un producto de determinadas cultura, no algo dado por naturaleza". (*Ensayos sobre metodología sociológica*, Amorrrortu, 2006.)

Aclarado el aspecto epistemológico, podemos ahora referirnos al instrumento metodológico escogido por Weber para cumplir su tarea como científico: el 'tipo-ideal'.

El tipo-ideal es una herramienta que sirve para conectar la sociología con la historia; lo general con lo particular. Si bien esta tradición fue iniciada por el maestro Dilthey, la influencia directa de la cual se nutre Weber para confeccionar sus modelos lógicos es H. Rickert¹⁶. Este, en su *Formación de conceptos históricos* (1902) propone una serie de pasos; pasos que Weber reconoce haber seguido en la página 38

¹⁶ El término "tipo-ideal" no es acuñado por Rickert sino por Jellinek en su 'Teoría general del Estado' (1900); otra de las grandes influencias que recibe Weber, sobre todo al momento de escribir su 'Ética protestante...'

de *La ética protestante...*: “Es una esencial característica de toda *formación de conceptos históricos* el que para sus fines metódicos, no necesita encerrar la realidad en conceptos genéricos abstractos, sino que más bien aspira a articularla en conexiones genéticas concretas, de matiz siempre e inevitablemente individual”.

Por lo tanto, como destaca V. G Massot, el tipo-ideal no es una hipótesis y tampoco una descripción exhaustiva de la realidad; el tipo ideal es un instrumento comprensivo que sirve para la formulación de hipótesis.

Reconocido el tipo-ideal como instrumento metodológico, es posible dirigirnos ahora al tratamiento de uno de los ‘tipos-ideales’ que más ha trascendido: El tipo de dominación racional-legal del cual se desprende una esfera política *desencantada*, la administración burocrática moderna.

Para penetrar en la ‘Sociología de la Dominación’, primero debemos tomar de las primeras páginas de *Economía y Sociedad* la definición de ‘dominación’. Weber entiende por dominación: “la probabilidad de que ciertas órdenes específicas (o todas) sean obedecidas por un grupo dado de personas”. El destino de los hombres nunca es igual. Aquellos que han sido favorecidos tienen la necesidad de concebir esa ventaja como legítima. El ejercicio de toda dominación sostenida debe basarse en un principio de ‘legitimidad’. Reconoce tres principios últimos de legitimidad: el tradicional, basado en la santidad de la costumbre; el carismático, basado en la gracia particular de un individuo; y el racional-legal, basado en un sistema consciente de reglas racionales. Las primeras dos son de carácter personal, la tercera de carácter impersonal; todas, indefectiblemente, son el producto de una creencia cultural histórica particular.

La burocracia es el tipo de administración que se deriva del tipo de dominación racional-legal. Puede ser aplicado a cualquier organización: una empresa capitalista, una iglesia o un Estado. El foco de este análisis se hará sobre la administración estatal.

Weber enuncia cinco características básicas del tipo de dominación racional-legal:

- a) Las normas legales son establecidas por acuerdo o imposición sobre bases racionales con un reclamo de obediencia para los miembros de la organización.
- b) El cuerpo de leyes consiste en un sistema de reglas abstractas que han sido intencionalmente establecidas.
- c) El superior, es decir, la persona con autoridad, está él mismo sujeto a un orden impersonal, orientando sus acciones hacia él con sus propias disposiciones y comandos.
- d) El que obedece, lo hace en calidad de miembro y solo con referencia a ‘la ley’.
- e) En estricta relación con el punto c), los que obedecen a una persona, lo hacen porque éste se presenta ante ellos en calidad de representante del orden impersonal.

Las asociaciones reguladas racionalmente dentro de una estructura de dominación encuentran su expresión típica en la burocracia. Sus características distintivas son:

- a) Una organización jurisdiccional en áreas estables y oficiales reguladas normativamente.
- b) Una organización jerárquica de sobre y subordinación de los funcionarios.
- c) La administración está basada en documentos escritos (archivos).
- d) Se requiere una preparación técnica especializada para la adopción de cada cargo.
- e) Existe una absorción total de la capacidad laboral del funcionario; la jornada laboral está estrictamente fijada.
- f) La administración está basada en normas generales, estables y precisas que deben ser aprendidas.
- g) Existe una separación entre el funcionario y los medios de la administración.

La administración burocrática significa fundamentalmente dominación a través del conocimiento (p. 225). Precisamente por esta razón, se presenta a sí misma como el medio más eficaz para lograr sus fines: la administración del Estado. Debido a esta superioridad técnica, según el criterio de Weber, una vez que la burocracia se ha arraigado con fuerza en las bases culturales de una sociedad, es prácticamente imposible modificarla o reemplazarla.

Entre las consecuencias sociales que produce la administración burocrática, Weber menciona el dominio de un espíritu de formalidad impersonal: *Sine ira et studio*, sin odio ni pasión y por lo tanto, sin entusiasmo

o afecto. Las normas dominantes son conceptos de deber imperativo, sin cuidado de las consideraciones personales. Todos están sujetos a un tratamiento formal e igualitario, es decir, todos los que se encuentren en una misma situación empírica. Este es el espíritu con el cual el funcionario conduce la organización.

La otra consecuencia que produce es la de un terreno fértil para que la economía capitalista florezca con fuerza. Esto se produce porque ambos sistemas tienen una misma base: la calculabilidad. La burocracia se basa en reglas fijas y el capitalismo en precios fijos regulados por el mercado. Ambos permiten calcular resultados. En palabras de Weber: "Su índole peculiar, bien recibida por el capitalismo, evoluciona tanto más perfectamente cuanto más se 'deshumaniza' la burocracia, cuanto más acabadamente logra despojar a los asuntos oficiales del amor, el odio y demás factores personales, irracionales y emocionales que escapan a todo cálculo. Ésta es la índole peculiar de la burocracia, y es estimada como su virtud específica". (p. 975).

Una de las posibles claves para interpretar la totalidad de la obra de Weber es la de una preocupación antropológica (W. Hennis), es decir, un intento por averiguar qué tipo de hombre surge de una determinada configuración cultural. Veamos entonces algunas notas del hombre como funcionario, que serán útiles para nuestro acorde del *Político como Gerente*:

- a) La ocupación de un cargo es una 'profesión' (*Beruf*), esto se debe, en primer término, a la necesidad de un entrenamiento específico estrictamente fijado. En segundo lugar, a la naturaleza de 'deber' que adopta la posición del funcionario. Esto le brinda una cierta estima social ya que forma parte de la organización del Estado.
- b) El reclutamiento se produce por nombramiento en base a sus capacidades técnicas y no por elección.
- c) Su retribución se percibe en forma de un salario fijo
- d) Su cargo es vitalicio.

Estas condiciones producen que: "el burócrata individual no pueda zafarse del aparato al que está unido. A diferencia del 'notable' honorífico o voluntario, el burócrata profesional está encadenado a su actividad a través de toda su existencia material y espiritual. Por lo general, es un simple engranaje de un mecanismo siempre en marcha que le ordena ir en un sentido esencialmente fijo. El funcionario debe realizar tareas especializadas y, normalmente, no puede hacer arrancar ni detener el mecanismo, el cual sólo es manejado desde arriba. De esta manera, el burócrata individual está ligado al conjunto de todos los funcionarios integrados en el mecanismo. El interés de estos radica en que el mecanismo siga funcionando y se mantenga la autoridad ejercida 'socialmente'. (p. 988).

Estos datos son suficientes para delinear los trazos del *Político como Gerente*. El decisor político que produce esta maquinaria burocrática es uno sustentado por su capacidad técnica y profesional. Esta condición de experto puede ser denominada como *Pericia*. Dado que este gerente carece de expresiones personales (humanas), también carece de la inventiva (o de poder) para realizar cualquier modificación que los gobernados le exijan.

Si los gobernados logran cambiar al individuo del cargo de gobernante, éste sería sustituido por otro, sujeto a las mismas leyes impersonales, entrenado en los mismos institutos técnicos, y preocupado por lograr los mismos fines: asegurar la supervivencia de la organización burocrática.

Aún concediendo como un hecho el supuesto de que la burocracia (como sistema que adecua medios para alcanzar fines) sea la más eficiente (la que mayores recursos logra economizar para alcanzar sus objetivos) de todos los tipos de dominación, debemos advertir que cuanto más especializada (y ésta es una evolución imparable), más rígida se vuelve en la dirección adoptada. Tanto modificar su rumbo ante una fuerte demanda social como su sustitución por otro sistema se vuelven objetivos ingenuos. La consecuencia en ambos casos es el hundimiento social en el caos.

Esta desesperante situación bien puede ser entendida como un *desencantamiento* de la política. Tanto más cuanto que se presenta como inevitable.

Sección II: La Burocracia desde la literatura, Franz Kafka

En la segunda sección de este capítulo, se abordará el tema de la burocracia desde otro ángulo, otra perspectiva: la literaria. Que un fenómeno cultural tan complejo y profundo se manifieste a través de la pluma fluida de un literato además de en las rigurosas páginas de un sociólogo no debe sorprender. La literatura, a diferencia del resto de las artes, tiene en común con las ciencias que ambas se captan con el intelecto y no con los sentidos. La diferencia radica en la predisposición con la que el lector se aproxima a una novela (en donde las concesiones son, o deberían ser, infinitas) o a un libro de ciencia. Al combinar el sistemático tratamiento que Weber da al fenómeno burocrático con la percepción que Kafka hace del mismo en sus novelas, se espera brindar una comprensión más amplia, que haga justicia (como Burckhardt y Dilthey enseñan) a dimensiones más sutiles de la realidad.

Se expondrán tres argumentos que justifiquen la selección de Kafka en esta tesis, es decir: ¿Por qué Kafka es apropiado para una tesis política?, ¿por qué Kafka es apropiado para hablar del *desencantamiento*? y finalmente ¿por qué Kafka es particularmente apto para abordar el tema de la burocracia?

Kafka es un escritor político, entre otras cosas, por pertenecer a una doble minoría: pertenece a una minoría por su condición de judío y a otra por su condición de germano-parlante que le impide conectarse con las raíces territoriales de Praga. G. Deleuze y F. Guattari¹⁷ bautizan esta doble condición como: *literatura menor*.¹⁸ Asimismo, le atribuyen tres características fundamentales: la desterritorialización de la lengua, la articulación de lo individual en lo inmediato político y el dispositivo colectivo de enunciación. Así afirman: “Esta situación de escasez de talento resulta de hecho benéfica; y permite la creación de algo diferente a una literatura de Maestros: lo que el escritor dice totalmente solo se vuelve una acción colectiva, y lo que dice o hace es necesariamente político, incluso si los otros no están de acuerdo. El campo político ha contaminado cualquier enunciado”. (p. 28).

Toda la obra de Kafka es política, toda la obra de Kafka es revolucionaria, toda la obra de Kafka es visionaria. Al decir ‘toda’ se hace referencia a los tres dispositivos que utiliza como escritor: sus cartas, sus cuentos y sus novelas. La vida de Kafka y su obra se conjugan de una manera singular, pero no simplemente como exteriorización de angustias internas sino como denuncia de ‘demonios externos’, demonios culturales y sociales. En otras palabras, la obra de Kafka es más adecuada para ser leída en una clase de sociología o ciencia política que en una de psicología. G. Deleuze no puede con su genio y afirma triunfante que la obra de Kafka es un ‘rizoma’; no una torre de marfil sino una construcción diseñada para generar vías de escape, puntos de fuga. Vías de escape de la autoridad; autoridad burocrática social, autoridad del padre (familiar), autoridad de las exigencias de matrimonio, etc. Sus cuentos son los que mejor representan estas ‘líneas de fuga’.

Para Deleuze los cuentos de Kafka son ‘devenir-animal’: devenir cucaracha, devenir perro, devenir orangután, devenir ratón. El mecanismo del devenir-animal le permite escapar, desterritorializarse, siempre con la cabeza erguida y sin sucumbir a las presiones destructivas y concluye: “[Kafka] es, de principio a fin, un autor político, adivino del mundo futuro porque tiene como dos polos que sabrá unir en un dispositivo totalmente nuevo: lejos de ser un escritor aislado en su recámara, su recámara le sirve para un doble flujo, el de un burócrata de inmenso porvenir, conectado con los dispositivos reales que se están creando; y el de un nómada que huye en la forma más actual, que se conecta con el socialismo, el anarquismo, los movimientos sociales. La escritura en Kafka, la preeminencia de la escritura, no significa más que una cosa, de ninguna manera literatura, sino que la enunciación y el deseo son una y la misma cosa, por encima de las leyes, de los Estados, de los regímenes. Sin embargo: enunciación siempre histórica, política y social. Una micropolítica, una política del deseo, que cuestiona todas las instancias. Nunca ha habido un autor más cómico y alegre desde el punto de vista del deseo; nunca ha habido autor

¹⁷ En lo sucesivo se hará referencia a este dúo-posmo únicamente bajo el nombre de G. Deleuze. Su trabajo en conjunto sobre la obra de Kafka se denomina *Kafka. Para una literatura menor*. Si no nos dejamos agobiar por el siniestro vocabulario deleuziano de rizomas, índices maquínicos y esquizofrenias (aunque entiendo que para este autor, el poder de la filosofía radica en su capacidad creativa de resignificar y generar nuevos conceptos) y por los constantes, aunque no siempre justificados, ataques de Guattari al psicoanálisis, el trabajo resulta uno de los más completos y profundos de la obra de Kafka.

¹⁸ “Me gustan más los autores *menores* que los mayores, Cristina. Porque un gran escritor, un Shakespeare, un Cervantes, no inspiran: están ahí, perfectos, sólo se les puede admirar. En cambio, cuántas buenas ideas hay en los escritores menores, cuántos fracasos aprovechables; a un escritor menor siempre se le puede corregir, a uno mayor, no” (Julio Cortázar; entrevista 1972).

más político y social desde el punto de vista del enunciado. Todo es risa, comenzando por *El Proceso*. Todo es política, comenzando por las cartas a Felice” (p. 65-66).

Que Kafka es un autor adecuado para tratar el *Desencantamiento* lo refleja su utilización del recurso literario por excelencia de la modernidad: la novela. La novela, como medio de expresión, tiene connotaciones filosóficas profundas que dejan entrever el cambio que ha operado a través de la historia desde los poetas clásicos a los literatos modernos. “La novela es la forma artística de la madurez viril: el autor ha perdido la radiante y juvenil fe del poeta de que el destino y el alma son nombres distintos para designar el mismo concepto” (Novalis, citado por Lukács en *Teoría de la novela*, p. 38).

Es G. Lukács quien estudia este singular fenómeno, esta singular separación entre psique y alma; entre interioridad y aventura: “El estado de melancolía del adulto nace como resultado de nuestra experiencia dual, conflictiva de que, por un lado, ha disminuido si no desaparecido nuestra confianza absoluta, juvenil en una voz interior; y por otro, de que el mundo exterior al que ahora deseamos conocer y dominar nunca nos hablará con la voz del guía que marca el camino en función de nuestros objetivos”. (*Teoría de la Novela*. p. 82). Son estas reflexiones las que llevan a este marxista húngaro a afirmar que “la novela es la epopeya del mundo abandonado por Dios”. En efecto, los héroes de las novelas están desprovistos de una guía divina que marque sus pasos y asegure su victoria. El héroe de la novela no sale al mundo para conquistarlo; sale al mundo para encontrarse consigo mismo.

En las novelas de Kafka en particular, esas tres obras inacabadas e inacabables, los personajes desesperadamente están en una búsqueda consigo mismos. Pero esta búsqueda se ve enmarcada en un escape, una huida constante de los inmanentes artefactos sociales. La única posibilidad de éxito, de salvación (salvación que Kafka veda a sus personajes) es el continuo movimiento, ya que “el movimiento es mejor que el reposo, porque quien reposa, sin saberlo, puede estar en una balanza y ser pesado con sus pecados”. (*El Proceso*. p. 349).

El hecho de que la administración burocrática sea uno de los temas recurrentes y principales en la obra de Kafka, no es ignorado. Ni siquiera por aquellos que no han leído sus cuentos y novelas; así lo manifiesta el término *kafquiano*, que quiere significar una infinita postergación. Para responder a la tercera pregunta, sin embargo, no se recurrirá a las páginas de su producción literaria sino a los dos acontecimientos materiales que dieron a Kafka los insumos para sus ficciones. El primero se refiere a su experiencia laboral en una compañía de seguros llamada Arbeiter-Unfall-Versicherungs-Anstalt Fur das Konigsreich Bohmen, a la que ingresa en 1908 y en la cual permanece hasta su prematura jubilación por enfermedad en 1922. Allí tiene la posibilidad de experimentar desde el interior el funcionamiento de una organización burocrática, destacando su carácter negligente, que luego plasmará en sus obras.

El conocimiento del segundo hecho podemos encontrarlo la obra de J. González García, autor del ya mencionado libro: *La máquina burocrática: afinidades electivas entre Max Weber y Kafka*. Para este autor español, la inspiración de lo que a su juicio es el leit-motiv fundamental de la obra de Kafka, esto es, “la obsesión burocrática, el absurdo de este sistema de organización social que se ha impuesto de una manera inevitable en todas las facetas de la vida, ahogando la espontaneidad e impidiendo la libertad”, fue producto de la relación directa que este tuvo con Alfred Weber. Así es que afirma: “La relación de A. Weber y Kafka es sencilla de aclarar: Kafka obtiene el 18 de junio de 1906 el grado de Doctor en Derecho. Alfred Weber actúa como ‘promotor’ en la ceremonia de recepción del título, es decir, como encargado de presentar a los nuevos doctores al rector. El joven profesor Alfred Weber había sido llamado por la Facultad de Derecho de la Universidad alemana de Praga el año 1904 como catedrático de economía nacional y trabajó en esta universidad hasta 1907, en que se traslada a Heidelberg. En esos años ejerció una gran influencia entre los estudiantes de Praga, entre los que se contaban F. Kafka y su amigo Max Brod. [...] La relación entre A. Weber y F. Kafka trasciende lo meramente académico y llega al campo literario. En 1910 publica A. Weber en Die neue Rundschau un largo artículo titulado ‘Der Beamte’ (El funcionario). Pues bien, este artículo es el precedente directo de una de las narraciones más alucinantes de Kafka: In der Strafkolonie (En la colonia penitenciaria), escrita en 1914 y publicada en 1919. De esta manera es posible establecer ‘afinidades electivas’ entre los hermanos Weber y Kafka en el tema de la burocracia” (*La máquina burocrática: afinidades electivas entre Max Weber y Kafka*, p. 137).

Habiendo respondido a esas tres preguntas, podemos dedicarnos a analizar las relaciones entre la obra de Kafka y la burocracia. En primer término, conviene hacer una aclaración sobre el estilo literario

de Kafka. Toda la aclaración puede resumirse en la siguiente máxima: las novelas y los cuentos de Kafka no son metáforas. Es precisamente aquí donde nos distanciamos (siguiendo a G. Deleuze) del análisis de J. González García. Este toma como eje de su estudio la imagen de Weber sobre la *Jaula de Hierro* (la famosa *Iron Cage* de T. Parssons) o más precisamente del *Caparazón duro como el acero* para vincularlo con las imágenes de Kafka como el del escarabajo de *La Metamorfosis*. Pero el problema de este análisis radica justamente en concebir a 'las imágenes' como herramientas literarias de Kafka. Como él mismo lo expresa: "Las metáforas son una de las muchas cosas que me hacen desesperar en mi actividad literaria" (*Diarios*, 1921). Kafka elimina deliberadamente cualquier metáfora, cualquier simbolismo, cualquier significación, así como elimina cualquier designación. G. Deleuze llama a su técnica literaria un "uso intensivo asignificante de la lengua", así, todo el esfuerzo de Kafka va en sentido de un antilirismo, de un antiesteticismo: 'agarrar el mundo' en lugar de extraer impresiones de él; operar en los objetos, las personas y los hechos, directamente de la realidad y no en las impresiones.

La literatura de las metáforas y el simbolismo era la de la Escuela de Praga, era la literatura de M. Brod y sus otros amigos, pero no la de Kafka. Es esta diferencia la que le permite "golpear de lleno en la violencia de un Eros burocrático, policíaco, judicial, económico o político". (G. Deleuze, p. 60). Toda la evolución, y la verdadera expresión, de la obra de Kafka se concentra en el intento de matar a la metáfora, de borrar los residuos de la Escuela de Praga que aún conservan sus primeros escritos, de lograr un estilo sobrio, hiper-realista, maquinista: "el artista no tiene nada que ver con un esteta, y la máquina artista, la máquina de expresión, no tiene nada que ver con impresiones estéticas". (G. Deleuze, p. 107). Así las cosas, concebir las obras de Kafka como metáforas de la burocracia es prostituir su verdadera esencia, es aniquilar su misión como escritor, es anular su poder de denuncia.

Dejando el estilo de lado, la burocracia en Kafka es un fenómeno que se ramifica por todas las dimensiones de la vida, por todos los rincones de la ciudad, empleando de una manera u otra a todos los habitantes de la misma. El cartel del Gran teatro de Oklahoma reza: "Somos el teatro que puede emplear a todos, a cada uno en su puesto". De hecho, existe una oficina de reclutamiento no solo para actores e ingenieros sino también (como en el caso del personaje de *América*, Karl Rossman) a aquellos que solo tienen estudios incompletos en colegios europeos. Tan vasta es la organización, tan inmanente su poder. Lo mismo ocurre en *El Proceso*, donde el tribunal de justicia tiene sedes a ambos lados de la ciudad, cualquier edificio puede contener oficinas del tribunal, cualquier puerta puede conducir al despacho de un juez. Con el correr de la novela, Josef K. descubre que los individuos menos esperados en realidad están al servicio de 'la Justicia' o se vinculan con ella de algún modo.

La visión que Josef K. brinda al respecto es sumamente clara: "No existe duda alguna de que detrás de las manifestaciones de esta justicia, más específicamente, detrás de mi detención, para hablar de mi caso y detrás del interrogatorio de hoy, se mueve una gran organización que no solo ocupa a agentes sobornables y a inspectores y jueces de instrucción pedantes, sino que además mantiene un cuerpo de jueces de alto rango, con su indispensable e innumerable séquito de criados, escribientes, policías y otras fuerzas auxiliares, quizás inclusive verdugos". (p. 60).

Weber, en su análisis de la burocracia describía de qué modo, llegado un determinado nivel de complejidad social, la administración burocrática se adueñaba de empresas capitalistas, partidos políticos, iglesias y por supuesto, la administración misma del Estado.

La segunda visión de la burocracia en Kafka es la de una estructura opresora y controladora. Esta percepción tiene su génesis en el triángulo familiar mismo ya que como él mismo dijo: "el espíritu burocrático es la virtud social que se deriva directamente de la educación familiar" (*Cartas a Felice*, p. 806).

Kafka destaca dos cualidades de la autoridad burocrática. En primer lugar, el peso agobiante que ejerce sobre la vida de los individuos. Tanto es así, que los personajes de las novelas, más que vencidos, terminan cansados. Cansados de tener que andar por caminos sinuosos que no conducen a ningún sitio, cansados de lidiar con personas investidas de una aureola de eficiencia pero que son incapaces de resolver absolutamente nada.

La segunda cualidad es, precisamente, la pantalla de superioridad técnica con la que se disfraza la dominación burocrática. En la primera reunión que K. tiene con las autoridades del pueblo para solucionar la situación de su contratación como agrimensor para el castillo, el alcalde le habla con estas palabras:

“Eso es otra cuestión que no está en mí resolver, pero cómo ha sido posible el malentendido, es algo que con todo puedo explicarle. En una administración tan amplia como la condal puede ocurrir que una sección ordene una cosa y otra otra distinta, ninguna tiene noticia de la otra y si bien el control superior es extremadamente preciso, sin embargo conforme a su naturaleza llega demasiado tarde, puede, no obstante, producirse de ese modo una confusión” (*El castillo*. p. 181). Ante las réplicas de K. el alcalde le contesta: “Es usted muy severo, pero multiplique por mil su severidad y no será todavía nada comparada con la severidad que la autoridad emplea consigo misma. Sólo alguien que no está en modo alguno al corriente puede plantear su pregunta. ¿Qué si hay autoridades de control? No hay más que autoridades de control. Es cierto que no están destinadas a descubrir fallos en el sentido burdo de la palabra, pues en absoluto se producen fallos, e incluso si alguna vez se produce un fallo como en el caso suyo, ¿quién puede decir en última instancia que se trate de un fallo?”. (p. 186).

Ya veremos en la última sección de este capítulo, una demoledora crítica al presupuesto de la eficacia burocrática.

Si la última referencia hecha en el análisis de Weber estaba referida a la figura del funcionario, corresponde que se ilustre este mismo aspecto en la obra de Kafka. Es preciso recordar que, según Weber, el funcionario es un engranaje dentro de la gran máquina burocrática; su poder de decisión es casi nulo, su trabajo se limita a seguir mecánicamente reglas trascendentes y las órdenes de su superior. Es posible reducir lo anterior a la siguiente fórmula: funcionario = engranaje despersonalizado y obediente. Autoridad = lejanía, invisibilidad, transcendencia. Utilizando ahora dicha fórmula será fructífero leer los siguientes pasajes de *El castillo*:

- a) “El trato directo con las autoridades no es que fuera demasiado difícil, pues las autoridades, por muy bien organizadas que pudieran estar, no tenían más que defender siempre el nombre de unos señores que estaban alejados, invisibles, asuntos alejados, invisibles, mientras que K. luchaba por algo cercano en su estado de máxima vitalidad por sí mismo”. (p. 178)
- b) “Una vez, la posadera había comparado a Klamm con un águila, y esto le pareció a K. ridículo, pero ahora ya no era así; pensó en su lejanía, en su morada inexpugnable, en su mutismo interrumpido acaso solamente por gritos como K. nunca antes había oído, en su mirada que descendía imperiosa y que jamás podía acreditarse o refutarse, en sus círculos indestructibles desde el abismo en que K. se hallaba, que él trazaba allá arriba conforme a leyes inescrutables sólo visible por momentos –todo esto lo tenían en común Klamm y el águila”. (p. 240).

Las autoridades a las cuales K. tiene acceso son funcionarios; la autoridad superior y representada por Klamm (a su vez sujeto a reglas superiores) no es susceptible de ser alcanzada por K.

Se puede plantear una última similitud, una última conexión entre la obra de Kafka y la de Weber que resulta fundamental. Se trata de la capacidad de previsión. Kafka solía decir: “El arte es un espejo que se adelanta, como a veces los relojes”. (*Conversaciones con Kafka*, p. 203).¹⁹ En este sentido, tanto la obra de Kafka como la de Weber han visto y sentido que el fenómeno burocrático va más allá de los individuos en el poder, más allá de las ideologías, de las leyes, de las fronteras. La burocracia es un fenómeno cosmopolita, capaz de arraigar en las organizaciones de cualquier nación en tanto sean organizaciones humanas. Son bienvenidas aquí las palabras de A. Bretón, quien dijo que “la obra de arte solo tiene valor cuando tiembla de reflejos del futuro”.²⁰

Resulta interesante dar un vistazo al espejo adelantado de Kafka: “Estas gentes son los dueños del mundo; y sin embargo se equivocan, detrás de ellos avanzan ya los secretarios, los burócratas, los políticos profesionales, todos esos sultanes modernos a los cuales ellos les preparan el acceso al poder”. (G. Janouch. p. 172). Asimismo, Janouch comenta que con respecto a la revolución rusa Kafka afirma: “La humareda se disipa y no queda más que el sedimento de una nueva burocracia; las cadenas de la humanidad están hechas con papel de ministerio”. (G. Janouch. p. 172).

¹⁹ Gustav Janouch era el hijo de uno de los compañeros de trabajo de Kafka en la compañía de seguros. Cuando su padre los presentó, entablaron de inmediato una larga amistad enriquecida con largas y profundas conversaciones que Janouch recuerda en su obra publicada en 1969.

²⁰ Claro que Kandinsky cita esta frase para hacer referencia al futuro espiritual del arte, a su evolución interior, aunque a mi criterio, es apta para aplicarla al futuro social.

El fenómeno burocrático no solo esclaviza y oprime al hombre convirtiéndolo en una cáscara vacía y sin espíritu, sino que anula las virtudes de un líder; le coarta su capacidad de decisión. La burocracia despoja a las ideologías de sus promesas; es algo que corre por detrás, por debajo, por adentro. Es algo íntimamente humano que deshumaniza, que *desencanta*. Las siguientes palabras son de Max Weber: “En las organizaciones públicas y en las privadas, la disciplina del cuerpo de funcionarios tiene como término de comparación las constelaciones de actitudes del funcionario respecto de una obediencia rigurosa dentro de su actividad habitual. Esta disciplina deviene cada vez más el fundamento de todo orden, por grande que sea la significación práctica de la administración basada en los documentos archivados. La ingenua pretensión del bakuninismo de anular la base de los ‘derechos adquiridos’ y de la ‘dominación’ por medio de la destrucción de los documentos públicos, no toma en cuenta la firme tendencia del hombre a mantener las normas y ordenamientos habituales, los cuales siguen vigentes independientemente de los documentos. [...] La necesidad objetiva del aparato ya existente, con su especial carácter ‘impersonal’, implica que, contrariamente a lo que sucede en el caso de órdenes feudales basadas en la lealtad personal- no sea difícil hacer funcionar ese mecanismo al servicio de cualquiera capaz de llegar a controlarlo”. (*Economía y Sociedad*. p. 988).

La ‘ingenuidad del bakuninismo’ es también la ingenuidad del leninismo devenido en stalinismo, la ingenuidad del capitalismo protestante devenido en ‘caparazón duro como el acero’. La virtud de Weber radica en no dejarse engañar por la vana superficialidad de las ideologías. Weber comprende que subsisten estructuras que persisten más allá de la campaña publicitaria que corra en esos momentos y en cada lugar determinado.²¹

La virtud de Kafka, según G. Deleuze radica en esto: “Kafka no admira en absoluto una simple máquina técnica; sabe muy bien, en cambio, que las máquinas técnicas son solo índices para un dispositivo más complejo que hace coexistir maquinistas, piezas, materias y personales maquinados, verdugos y víctimas, poderosos e impotentes, en un mismo conjunto colectivo: oh deseo que fluye de sí mismo y sin embargo perfectamente determinado en cada momento. En ese sentido, hay por supuesto un Eros burocrático, que es un segmento de poder y una posición de deseo. Y también un Eros capitalista. Y también un Eros fascista. Todos los segmentos se comunican según contigüidades variables. América capitalista, Rusia burocrática, Alemania nazi: en realidad, todas las ‘potencias diabólicas del porvenir’, las que tocan a la puerta en la época de Kafka, con golpes segmentados y contiguos”. (G. Deleuze. p. 89).

La literatura de Kafka y la sociología de Weber no son viajes a través del pasado, son un vistazo de nuestro porvenir.²²

Sección III: Cuestionamientos al liderazgo gerencial

Hasta aquí se ha presentado a la administración burocrática bajo dos lentes distintos. Por un lado, la teoría rigurosa y sistemática del sociólogo; por el otro, la vivencia del literato. Ambos la conciben como un fenómeno complejo que se ramifica por todas las áreas de la vida social y que, una vez instaurado en las profundidades de una cultura, resulta imposible de disolver. Sin embargo, hay una diferencia entre la percepción de Weber y la de Kafka, a saber: mientras que para Weber la burocracia es la forma de administración más eficaz en la adecuación de medios para alcanzar fines, para Kafka la burocracia es una pantomima inservible, rígida y perjudicial para los individuos. ¿Cuál de las dos percepciones es la correcta?

²¹ “La burocracia estatal gobernaría sola si el capitalismo privado fuera eliminado. La burocracia privada y pública, que ahora trabajan lado a lado, y potencialmente enfrentadas entre sí, y que por lo tanto se balancean mutuamente hasta cierto punto, se fundirían en una única jerarquía. Esto sería similar a la situación del Antiguo Egipto, pero ocurriría de una forma mucho más racional –y por tanto irreversible”. (*Parlamento y Gobierno en una Alemania reconstruida*. 1917).

²² El lector objetará que aunque esta exposición de la obra de Kafka simula ser coherente, en realidad es falsa, ya que de la directa lectura de sus obras no se desprenden las reflexiones que yo le adjudico. Sin embargo, es justamente ésa nuestra misión como exégetas hermenéuticos. “Cada escritor crea a sus precursores. Su labor modifica nuestra concepción del pasado, como ha de modificar el futuro”. (J. L. Borges. *Kafka y sus precursores*). En cualquier caso, aquél que quiera confrontar específicamente la interpretación de Kafka como profeta deberá contar entre sus argumentos la opinión de Hannah Arendt en su ensayo *Franz Kafka Revalorado*. Allí, la autora afirma: “Si la obra de Kafka no fuera realmente más que la profecía de un horror futuro, sería tan banal como todas las otras profecías catastróficas que vienen importunándonos desde principios del siglo XX, o, más exactamente, desde el último tercio del siglo XIX”. Esta interpretación desvaloriza a los profetas que presagian catástrofes pero elogia la obra de Kafka como una que guarda una esperanza de salvación, salvación que se refleja en la constante lucha de los personajes kafkianos y que son al fin y al cabo la expresión de una voluntad humana que no se resigna a vivir en un mundo absurdamente reglamentado.

Los lectores académicos se impacientarán por leer el nombre de Weber con todo su reconocimiento como uno de los pensadores más lúcidos de todos los tiempos y en especial del S. XX. Tal reconocimiento es absolutamente merecido, sin embargo, existen argumentos para sostener que el acertado es F. Kafka y no Weber. Los argumentos radican justamente en la falta de argumentos que poseemos para sostener la visión de la burocracia como símbolo de la eficacia absoluta. El filósofo y sociólogo Alasdair MacIntyre será utilizado como guía en este provocador sendero.

MacIntyre, en *Tras la Virtud* llega al pensamiento de Weber después de un detallado recorrido por la historia de la filosofía moral. Sin sumergirnos en las complicaciones que implicaría exponer las conexiones que el escocés establece entre Weber y el Emotivismo, sus lineamientos básicos pueden ser sintetizados en los siguientes puntos:

- a) No es posible verificar la norma de juicio de que la burocracia tenga su justificativo en la eficacia.²³
- b) Si la eficacia burocrática no puede justificarse, entonces es una mascarada.
- c) La burocracia utiliza la máscara de la eficacia para mantenerse como estructura dominante.
- d) La burocracia es un sistema de dominación basado en la manipulación de un concepto moral tan injustificable como cualquier otro.

Lo virtuoso del análisis de este autor radica en concebir a la eficacia como un concepto moral y clasificarlo como parte de las otras dos grandes ficciones modernas: los derechos y la utilidad. En su obra escribe: “Tendremos que concluir que otra ficción moral, y quizás la más poderosa culturalmente de todas ellas, está incorporada en la pretensión de eficacia, y que proviene de ella la autoridad del personaje central en el drama de la sociedad moderna que se confiere al gerente burocrático. Nuestra moral se revela, inquietantemente, como un teatro de ilusiones.” (*Tras la Virtud*, 1984, p. 104).

Así, la autoridad del gerente se deriva de dos pretensiones:

- a) Su neutralidad valorativa basada en su condición de experto.
- b) Las cuasi-leyes y generalizaciones y sus aplicaciones a casos concretos.

Estas dos pretensiones han llevado en nuestros días a que se escuchen expresiones como ‘ciencia gerencial’. “La pretensión de neutralidad moral del gerente, que es en sí misma una parte importante del modo en que el gerente se autorrepresenta y funciona en el mundo social y moral, es paralela a las pretensiones de neutralidad moral que muchos científicos físicos emplean” (p. 105).

De esta forma, la política se reduce a una competencia entre gerentes que conciben a la experiencia técnica como una mercancía. Si los fundamentos de esa superioridad técnica fuesen ciertos, la competencia (aunque discutible) sería legítima: se estaría cumpliendo el antiguo ideal de los padres de la sociología (santsimonianos, comptianos, etc.) de volver la administración del estado en una materia científica. Bajo esos términos, sería imposible apelar, sería trivial discutir sobre un determinado tipo de líder u otro, sería inútil cualquier discusión política. El más preparado y capacitado técnicamente sería el adecuado sin más. Sin embargo, dicha superioridad es falsa; la eficacia es una máscara. Una máscara desagradable que oprime a los individuos con sus interminables segmentos estructurados jerárquica y jurisdiccionalmente, tal como lo anotó Kafka en sus novelas y relatos.²⁴

Desenmascaradas las pretensiones del *Político como gerente*, es posible someterlo al análisis de las dos categorías analíticas centrales del trabajo: *La ley de los peces* y *El líder como actor simbólico y transformador*. El acto de desenmascararlo no conduce a descartarlo inmediatamente, sino que permite evaluarlo como una opción más entre otras.

²³ “Mientras deja completamente claro que la única justificación de la burocracia es su eficacia, Weber no nos proporciona ninguna guía clara de cómo podría aplicarse esta norma de juicio. En efecto, el inventario de los rasgos de la burocracia no contiene ninguna categoría cuya relación con la supuesta eficacia no sea discutible” (Citado por MacIntyre de Bittner. 1965. p. 247).

²⁴ Hannah Arendt anota en su ensayo Franz Kafka, Revalorado: “Los funcionarios, empleados, obreros y ejecutivos de Kafka están muy lejos de ser infalibles, pero su actuación está siempre guiada por una laboriosidad sobrehumana y una competencia universal”. Unas líneas más adelante, vuelve a repetir: “El fingimiento de una competencia universal, la apariencia de una laboriosidad sobrehumana es el motor oculto que impulsa la maquinaria de exterminio en la que quedan atrapados los protagonistas de Kafka, y que es responsable del funcionamiento impecable de ese mundo absurdo de por sí”

Con respecto a la primera categoría, *La ley de los peces* (la concepción de la política como lucha), si bien es cierto que el *Político como gerente* propone una competencia entre pares (dimensión horizontal) basada en una falsa superioridad técnica, no satisface la virtud principal que le aporta esta categoría a un buen líder. Esta es: la experiencia de campo más que el conocimiento técnico, su capacidad de confrontar con rivales y vencerlos gracias a su versatilidad discursiva y su temple anímico. En otras palabras, la *Ley de los peces* propone una lucha en la arena pública (medios de comunicación; asamblea) y no en las academias.

Medido con la vara de la segunda categoría analítica, el *Político como gerente* también resulta inadecuado. El *Líder como actor simbólico* se refiere a una figura que estimule la unidad entre los gobernados (dimensión vertical), una figura que logre conciliar las tensiones sociales generando adhesión en todos los sectores. Si bien es cierto que el *Político como gerente*, junto con su séquito de funcionarios, goza de un cierto prestigio social (prestigio que surge de la ficción moral moderna de la eficacia), también es cierto que su imagen es tan distante e inescrutable “como un águila”. Su imagen no genera disenso ni fragmenta a la sociedad, pero tampoco sirve como hilo unificador que atraviese el tejido social. Su figura no genera rechazo ni fanatismo sino apatía en los gobernados.

Por último, el *Político como gerente* puede que tenga el poder para operar cambios en la sociedad, pero no los cambios que exige la sociedad. Su capacidad de acción está sujeta a leyes trascendentes, a autoridades abstractas; o como diría Kafka, está sujeto con “cadenas hechas de papel de ministerio”. Lo crucial de este último aspecto es que exime al político de su responsabilidad frente a los gobernados, y ya veremos que para Weber, éste es un pecado imperdonable para todo aquel que elija dedicarse a la política.

Los resultados de este estudio parcial nos llevan a concluir que el *Político como gerente* no es apto para asumir la postura de un líder. Veamos pues, otras opciones.

Capítulo III: Reencantamiento de la política. El político como héroe

Ah, el Pensamiento, como yo digo, es siempre el Pensamiento. Ningún gran hombre vive en vano. La Historia del mundo no es más que la Biografía de los grandes hombres.

T. Carlyle.

Continuando en la esfera política y siguiendo el esquema de *Desencantamiento/Reencantamiento*, corresponde ahora analizar las formas en las que es posible reencantar el liderazgo político y sus peligros. El mayor promotor de la doctrina del *Líder como héroe* fue Thomas Carlyle, quien brindó en mayo de 1840 una serie de conferencias que serían inolvidables, tanto por su estilo fresco y potente como por su contenido. A lo largo de sus seis conferencias, Carlyle no solo expuso el análisis de diversas personalidades (desde el dios de la mitología nórdica Wotan hasta Cromwell y Napoleón) sino que también brindó una determinada visión de la historia basada en la importancia de los líderes, o como él los llamó: los héroes.

Sección I: La concepción del Héroe y de la Historia en Carlyle

Antes de comenzar, corresponde que se efectúen algunas aclaraciones. Estas aclaraciones deberían ser obvias (y por lo tanto obviadas), pero una austera experiencia como conversador enseña que no son innecesarias. El pensamiento de Carlyle ha sido catalogado en muchos casos como 'anti-democrático', y debido a ello, sistemáticamente ignorado o desdeñado.

Es admisible que el autor no se destaca por ser un promotor de la democracia;²⁵ pero tampoco lo fueron los pensadores del período clásico ni los medievales, y a nadie se le ocurriría prescindir de su pensamiento por ser 'anti-democráticos'. La democracia como ideal de sistema de gobierno es una concepción puramente moderna y occidental; utilizarlo como criterio para desacreditar la genialidad de autores como Carlyle puede resultar una negligencia intelectual. En cualquier caso, es un ejercicio sano y enriquecedor confrontar nuestras convicciones con los escritos de grandes pensadores que argumenten lo contrario. El conservador más firme puede verse seducido por los 'Cuadernos de la cárcel' de Gramsci; el socialista más radical puede llegar a dudar ante el 'Camino a la servidumbre' de Von Hayek.

Para introducir el pensamiento de Carlyle, nos serviremos nuevamente de aquel marco que Dilthey diseñó con esmero y que llamó 'concepciones del mundo'. En las tres concepciones del mundo que Dilthey identificó, el historiador escocés se corresponde con el llamado *Idealismo de la libertad*. Las siguientes palabras las escogió E. Pucciarelli: "En el *Idealismo de la libertad* el mundo es concebido como lucha entre espíritu y materia. Partiendo de la experiencia volitiva del hombre, sus pensadores afirman el primado del problema ético y defienden la autonomía de lo espiritual, sustraído a toda causalidad física. En la conciencia encuentran la base de su gnoseología y en la razón o en una divinidad trascendente la base de su metafísica. Esta dirección, que tuvo su poeta en Schiller y su historiador y profeta en Carlyle, ha sido, en realidad, una creación del espíritu ateniense. [...] Unidos por la conciencia de su afinidad, caracteriza a estos pensadores su lucha contra el naturalismo y su oposición a toda forma de panteísmo. Culmina en la idea del hombre heroico. (*La esencia de la filosofía*, p.54).

Ciertamente Dilthey está en lo correcto al incluir a Carlyle en esta línea de pensamiento; su visión de la muerte del cuerpo pero no del alma, su concepción de un orden trascendente, sus relaciones entre palabra e idea, la importancia de la divinidad en las investigaciones científicas y el poder del héroe para poder expresar todo esto, son pruebas suficientes.

Las posturas de Carlyle son inseparables de su concepción de la historia. No se cansa de repetir que nuestra historia no es más que la biografía de los grandes hombres. Al mismo tiempo, entiende que todas las manifestaciones materiales de la historia son producto del pensamiento: los pensamientos de

²⁵ "Y ahora, de seguro, el grito por la libertad y la igualdad se encuentra en todos lados, independencia y mucho más; en lugar de reyes, sufragios electorales: parece que cualquier héroe-soberano o la obediencia leal de los hombres a un hombre, en cuestiones temporales y espirituales, se han ido para siempre del mundo. Debería desesperar del mundo entero como tal si esto fuera así. Sin embargo, una de mis convicciones más profundas es, que esto no es así. Sin soberanos, verdaderos soberanos, temporales y espirituales, no veo posible más que la anarquía, la odiosidad de las cosas". (*On Heroes, Hero-Worship, and the Heroic in History*. 1840.)

los hombres fueron los padres de sus acciones, sus sentimientos los padres de sus pensamientos; fue lo espiritual e inmaterial lo que determinó lo exterior. De aquí la importancia para Carlyle de estudiar las virtudes particulares de la personalidad de los grandes hombres.

En su primera conferencia pronunciada el 5 de mayo de 1840 sobre 'El héroe como una divinidad: Odín. Paganismo. Mitología Escandinava', Carlyle afirma: "Como yo lo veo, la Historia Universal, la historia de aquello que el hombre ha logrado en este mundo, es en el fondo la historia de los grandes hombres que han trabajado aquí. Ellos fueron los líderes de los hombres, estos grandes; moldeadores y en un amplio sentido creadores, de todo aquello que la masa general de hombres ha logrado hacer u obtener; todas las cosas que vemos de pie alcanzadas en el mundo son propiamente el último resultado material, la realización práctica y corporización, del pensamiento que se forjó en los grandes hombres enviados a este mundo: el alma de la historia del mundo entero, podría considerarse con justicia, fue la historia de estos hombres" (*On Heroes, Hero-Worship, and the Heroic in History*. p. 1).

Para Carlyle es imposible estudiar la vida de estos grandes hombres sin ganar algo en el camino. Ellos son la "viva fuente de luz y estar a su lado es bueno y placentero". De esta manera se sumerge en la biografía de Wotan al considerar al héroe como un dios, en la de Mahoma al considerar al héroe como profeta, en la de Dante y Shakespeare en el héroe como poeta, en las biografías de Lutero y Knox cuando concibe al héroe como sacerdote; las vidas de R. Johnson, Rousseau y Burns le sirven para evaluar al héroe como hombre de letras y finalmente, en su última conferencia del 22 de mayo trata las vidas de Napoleón y Cromwell en el héroe como Rey. Todos estos hombres son como rayos enviados a la tierra para iluminar períodos de oscuridad; todas las ruinas de una civilización decadente son como el combustible muerto que el héroe utiliza para encender un nuevo período de luminosidad. Carlyle advierte: "Un hombre no puede dar prueba más triste de su propia pequeñez que descreyendo de los grandes hombres. No hay síntoma más triste en una generación que aquella ceguera general del rayo espiritual, con fe solo en los escombros de su combustible muerto. Es la última consumación del descreimiento" (Ibíd. p. 8).

De este modo, para Carlyle, la grandeza de una época se basa en una doble condición: por un lado, en la aparición de un hombre excepcional, un héroe; por el otro, en la recepción que los hombres le dan a esta personalidad. Un héroe solo es verdaderamente grande cuando surge en un terreno fértil que lo valora como tal. Cuando una época es incapaz de creer en un Gran Hombre, en un enviado, entonces esa es una época en decadencia: "El rasgo más distintivo en la historia de una época es la manera que tiene de recibir a un Gran Hombre. Siempre, hasta en los verdaderos instintos del hombre, hay algo de dios en él. Si lo tomarán como un dios, como un profeta, o ¿cómo lo tomarán? Esa es siempre una gran pregunta; por su manera de responderla, podremos ver, como por una pequeña ventana, dentro del corazón mismo de la condición espiritual de estos hombres. Ya que en el fondo el Gran Hombre, al venir de la mano de la Naturaleza, es siempre la misma clase de cosa: Odín, Lutero, Johnson, Burns; espero poder demostrar con claridad que todos estos están hechos de una única sustancia; y que solo por la recepción que el mundo les ha dado, y las formas que asumen, es que son tan increíblemente distintos" (Ibíd. p. 25).

Así, la grandeza de una nación se basa en su capacidad de 'creer'. Carlyle asegura que nuestra mente nos fue dada para 'ver' las cosas y no para discutir y debatir inútilmente. La mejor manera de 'ver' a un héroe es creyendo en él; por medio de la creencia una nación se vuelve fuerte y grande. Por el contrario, una nación de individuos dudosos y escépticos es como un cuerpo enfermo y débil.²⁶

De lo hasta aquí expuesto, es posible lograr cierta comprensión de la epistemología y metodología de Carlyle. Como él mismo lo escribe, su mente penetra en la historia a través de la vida de los grandes hombres ("como por una ventana") que él da en llamar héroes. Se entiende así que haya utilizado el método biográfico y de allí derivado sus conclusiones y posturas.

Antes de avanzar con el análisis de las virtudes que Carlyle identifica como distintivas de un héroe, conviene justificar la elección de Carlyle para tratar el *Reencantamiento* de la política. El *Desencantamiento*

²⁶ "Quien tiene dioses nunca tiene hastío. El hastío es la falta de una mitología. A quien no tiene creencias hasta dudar le resulta imposible, hasta el escepticismo carece en él de fuerzas para desconfiar. Sí, el hastío es eso: la pérdida por parte del alma, de su capacidad para engañarse, la falta, en el pensamiento, de la escalera inexistente por donde él pueda, sólido, ascender hacia la verdad". (*Libro del Desasosiego*. F. Pessoa. Fragmento 263). Pessoa, como lo demuestran estas palabras, era un atento lector de T. Carlyle.

de la política estaba caracterizado por la administración burocrática y del seno de esta maquinaria aceitada con la ficción moral de la eficacia surgía el 'político como gerente'. Su rasgo distintivo era la impersonalidad de su legitimidad y la limitada capacidad de decisión, lo que reduce al mínimo sus responsabilidades.

De la visión que Carlyle nos ofrece, surge un individuo cuya legitimidad no solo es personal, sino que se fundamenta en la 'adoración' del resto de los hombres hacia él. La confianza de la que goza debe ser infinita; su responsabilidad, absoluta.

Siguiendo su pensamiento, según el cual todo héroe llega a la tierra para iluminar una nación en ruinas o, mejor dicho, *desencantada*, entonces el esquema dinámico *Desencantamiento/Reencantamiento* deja de ser unidireccional para convertirse en pendular dentro de la esfera política. Es decir, si en el capítulo I se pudo ver que la dirección del movimiento era desde un mundo 'encantado' a uno 'desencantado' para luego 'reencantarse' de otra manera, en la esfera política el movimiento oscila constantemente de una dominación de tipo impersonal-racional-desencantada a una de tipo adoración personal-encantada. Se volverá a este tema en la próxima sección cuando se trate la cuestión de la rutinización del carisma en Weber.

Podemos dedicarnos ahora a analizar las cualidades comunes que Carlyle identifica en sus héroes históricos. La primera característica para destacar es la tendencia de todo Gran Hombre a crear un orden. Asegura que todos nacemos enemigos del desorden y que solo nos vemos obligados a trabajar en su dirección bajo circunstancias sumamente penosas. Por eso, cada vez que un héroe se ve asociado a movimientos revolucionarios o aparentemente anárquicos, siempre es muy a su pesar, en oposición a su naturaleza más íntima. La verdad es que todo acto revolucionario busca crear un orden más honesto, menos viciado; ese debe ser el espíritu que anime cualquier acción revolucionaria. El caos, el desorden y el anarquismo nunca pueden ser metas en sí mismas.

La segunda característica es, de acuerdo con la concepción metafísica de Carlyle, que todos los héroes reconocen la porción de Naturaleza intemporal que habita en ellos y son capaces de permanecer fuertes y fieles a su lado. Siendo así, logran hablarle al resto de los hombres (cuyas vidas también son parte de la Naturaleza, pero son débiles y viciosos) de las verdades profundas y perennes de las que ellos son conscientes. De aquí se desprende la cualidad de 'ver' en el interior de ellos mismos, de ver aquello que es común a todas las épocas y a todos los hombres y comunicarlo. En esta 'comunicación' radica una de las principales virtudes de un gran hombre. Para Carlyle, los Grandes Hombres se encuentran la mayor parte de sus vidas envueltos en el silencio²⁷ ("el discurso es grande, pero el silencio es más grande"), pero cuando hablan, sus palabras comunican la verdad, ya sea con un discurso simple y llano, o como una canción en el caso de los poetas.

Entre las virtudes de la personalidad de estos grandes hombres se cuenta por sobre todo la sinceridad: "Yo diría que la sinceridad, una profunda, gran y genuina sinceridad, es la primera característica de todos los hombres de algún modo heroicos". (Ibíd. p. 26). Sin embargo, esta no es una sinceridad de la que sean conscientes, de la que puedan hablar y hacer alarde. Los grandes hombres solo son conscientes de las insinceridades; sus palabras y su conducta son fiel reflejo de su espíritu noble y sincero.

Otra gran virtud, a juicio de Carlyle, debe ser la valentía. Un héroe debe estar plantado con pies seguros frente a los temores. El coraje para enfrentar a los miedos es fundamental para alcanzar cualquier acto heroico. Continúa su lista de virtudes a través de las vidas de sus personajes históricos y entre ellas resalta: la fortaleza (criterio último de la verdad), la originalidad, la capacidad de acción (reflejado en la palabra inglesa King: Konning; can-ning; able-man), el genio, entre algunas otras. Sin embargo, para el posterior análisis se tomará una en particular: la capacidad de crear el sentimiento de unidad nacional. Los ejemplos por excelencia que toma son los de Dante y Shakespeare. De este último, remarca que el pueblo inglés siempre podrá jactarse de lo siguiente: "Sí, este Shakespeare es nuestro; nosotros lo produjimos, nosotros hablamos y pensamos a través de él; somos de una misma sangre y clase que él". (p. 66). Carlyle asegura que el pueblo inglés estaría dispuesto a dejar ir el imperio en las Indias pero nunca podría dejar ir a su poeta nacional; y recomienda a todos los políticos que tomen nota de ese hecho. Se verá más adelante como puede articularse una figura como símbolo de unidad en una sociedad con intereses diversos y contrapuestos.

²⁷ Esta visión también se encuentra en la Filosofía india del Budismo, cuyos santos están dotados de una virtud esencial: El silencio (muni).

Las últimas referencias al trabajo de Carlyle están destinadas a tratar dos aspectos que tienen una estricta relación con el análisis de Weber en *La política como profesión*. La primera referencia es la necesidad que nuestro historiador le impone a todo héroe de “estar convencido de sus acciones”. Un verdadero líder, nos asegura, debe creer con firmeza aquello que defiende y postula. Un individuo en el poder que sea dubitativo y requiera constantemente de consejo, se convierte en un mero sirviente que no podrá evitar las catástrofes. Su poder de decisión debe ir unido a lo que Weber denominó: una *ética de la convicción*. En el capítulo IV se tratará en profundidad este tema.

La segunda y última referencia se resume en la siguiente frase: “¡Pocas gracias merece aquel hombre que mantiene sus manos limpias, que no toca el trabajo a no ser que lleve unos guantes puestos!”. (p. 121). El argumento es utilizado para suavizar las acciones de gobierno de O. Cromwell en su ejercicio del poder. Se transcribe, a continuación, una cita de Weber: “Quien busque la salvación de su alma y la salvación de otras almas, que no la busque por el camino de la política, que tiene otras tareas muy distintas, unas tareas que solo se pueden cumplir con la violencia”. (*La política como profesión*. p. 148). El mensaje es claro y el mismo; la posible influencia, notoria.

Considerada la visión de este energético historiador, que presenta una mirada extrema del líder como héroe, a la vez que destaca su misión de *Reencantar* la esfera política, resta prestar atención a lo que podemos permitirnos llamar una mirada más sobria: la teoría del carisma de Max Weber.

Sección II: La teoría del carisma en Max Weber

En la teoría del carisma de Weber, como en toda su *Sociología de la Dominación*; el concepto de obediencia juega un papel principal. La obediencia es entendida como complacencia voluntaria a las órdenes. Esta obediencia tiene distintos fundamentos como la mera costumbre, los lazos afectivos, los intereses materiales o las motivaciones ideales. Sin embargo, el principal fundamento es la ‘creencia’ en la legitimidad del soberano. En el caso particular de la dominación carismática, dicha legitimidad reposa en una “cierta cualidad de una personalidad individual en virtud de la cual es considerada extraordinaria y tratada como investida de poderes supernaturales, sobrehumanos o al menos con poderes y cualidades excepcionales”. (*Economía y Sociedad*. p. 241).

A diferencia de Carlyle, la postura sociológica de Weber lo obliga a poner el énfasis no tanto en las características intrínsecas de la figura carismática sino en las causas de su surgimiento y en los efectos de su dominación.²⁸ En cuanto a la génesis del líder carismático, Weber enseña que éstos son propensos a surgir en momentos de turbulencia social. En esos momentos, los individuos le confieren al líder un aura mística y una plena confianza para que los guíe hacia el orden y la estabilidad. Es por esto que con frecuencia los líderes carismáticos hacen uso de la expresión “está escrito... pero yo les digo...”. De este modo, rompen con las normas establecidas y exigen nuevas obligaciones como condición necesaria para garantizar el orden.

También presta atención a la inestabilidad inherente de este tipo de dominación: “La autoridad carismática es naturalmente inestable. Su poseedor puede perder el carisma, puede sentirse ‘traicionado por su Dios’ (*Elí, elí, lamá, sabactani*) como Jesús cuando estaba en la cruz; puede parecerle a sus seguidores que ‘sus poderes lo han abandonado’”. (Ibíd. p. 1114). Aquí se evidencia una de las grandes diferencias con el pensamiento de Carlyle quien concebía a los héroes como los únicos capaces de garantizar un orden saludable y estable.

Weber afirma que por su condición de excepcional, la autoridad carismática se opone a cualquier organización cotidiana como la burocrática o la tradicional. Por esta razón, el orden económico capitalista nunca se ve favorecido por la llegada de un líder carismático. Hemos visto que el capitalismo necesita de reglas fijas para invocar un mercado de precios fijos. Esto hace posible la calculabilidad. Pero el liderazgo carismático, sujeto a la irracionalidad,²⁹ impide el buen desenvolvimiento del capitalismo. Dice:

²⁸ Siempre y cuando se haya llevado a cabo la primera fase del proceso sociológico, es decir, la *Verstehen* (comprensión).

²⁹ Uno de los principales intereses que se evidencian en la obra de Weber es su énfasis en la relatividad del término “racional”. Toda conducta responde a un tipo determinado de racionalidad, ya sea que se oriente a fines externos o internos (contemplación budista). Weber opera por analogía, y al dejar sentado que por racionalidad entiende la adecuación de medios para alcanzar fines externos (como por ejemplo, el afán de lucro), puede establecer cualquier otro tipo de conducta como irracional.

“Todo carisma se encuentra en el camino de una vida emocional turbulenta que no conoce ningún tipo de racionalidad económica, a una muerte lenta por sofocación bajo el peso de los intereses materiales: cada hora de su existencia lo acerca a su fin”. (Ibíd. p. 1120).

Hay un tema en especial, el cual se hace explícito en su teoría del carisma, que atraviesa toda su obra: la forma en la que las distintas estructuras sociales modifican al hombre. Ya se ha dicho con anterioridad que de esta preocupación antropológica ha surgido el mayor aporte que Weber ha hecho a la historia del pensamiento: advertir que lo sometido a una determinada explicación (cientificista por ejemplo) es un tipo de mentalidad específica de un momento histórico, y no de la mente humana como tal. En una de las sub-divisiones tituladas: ‘La naturaleza revolucionaria del carisma’ establece una brillante comparación entre la dominación burocrática y la carismática. Weber aclara que la burocracia también ha sido un agente revolucionario con relación a la dominación tradicional, sin embargo, la burocracia revoluciona con medios técnicos, es decir, *desde afuera*. Primero cambia el orden material y social, y a través de él a las personas, cambiando las condiciones de adaptación y las oportunidades de adaptación.

Así lo entendía también Kafka al percibir, por ejemplo, a una máquina de escribir como algo místico; él sabía que las máquinas hacen coexistir a los humanos, los relacionan de maneras diversas, alteran su comportamiento en sociedad, son vínculos inertes que condicionan la conducta de los vivos. Por el contrario, el poder del carisma descansa en la creencia de revelaciones y héroes; en la convicción de que ciertas manifestaciones son valiosas e importantes. En otras palabras, la creencia en el carisma revoluciona *desde adentro* y da forma al orden social y material de acuerdo a su voluntad. Dice el sociólogo: “A esto nos referimos cuando decimos que la ‘racionalización’ y la organización racional revoluciona *desde afuera*, mientras que el carisma, si es que tiene algún efecto específico en absoluto, manifiesta su poder revolucionario *desde adentro*, desde una *metanoia* (cambio) central de las actitudes de sus seguidores. El orden burocrático meramente reemplaza la creencia en la santidad de las normas tradicionales por la complacencia a reglas racionalmente determinadas y por el conocimiento de que estas reglas pueden ser utilizadas por otros, si uno tiene el poder necesario, y por lo tanto, no son sagradas. Pero el carisma, en sus formas más potentes, distorsiona las reglas racionales así como también la tradición y tergiversa todas las nociones de santidad. En lugar de reverenciar las costumbres que son antiguas y sagradas, fuerza la subordinación interna a lo sin-precedentes y absolutamente único y por lo tanto Divino. En este sentido puramente empírico y libre de valor, el carisma es verdaderamente la fuerza específicamente creativa y revolucionaria de la historia”. (Ibíd. p. 1117).

Mientras que para Carlyle los héroes son verdaderos rayos enviados del cielo para iluminar una nación y una época, para Weber el carisma de los héroes no es más que una forma que los gobernados tienen para interiorizar y experimentar determinadas ideas. Ambos, sin embargo, llegan a la misma conclusión: el carisma es el principal agente de cambio que moviliza a la historia.

En la sección anterior se dijo que el esquema de *Desencantamiento/Reencantamiento* en la esfera política no es unidireccional sino pendular. Esto se refleja en lo que Weber denominó ‘rutinización del carisma’. En su Teoría del carisma, explica que las fuerzas carismáticas han existido desde siempre en cada acto que trascienda las rutinas de la vida cotidiana; esos actos han generado creencias carismáticas que se han ido a su vez debilitando con la vida cotidiana. Es allí donde radica el principal problema de la autoridad carismática.

Si se tiene en cuenta que la base de su legitimidad es el carácter excepcional de un determinado individuo, cuando ese individuo desaparece, sus seguidores buscan sostener la estructura de dominación (en virtud de continuar su situación de privilegio) transfiriendo el carisma a un sucesor o a una institución. Sin embargo, con el paso del tiempo la estructura termina perdiendo hasta el último rastro de la vitalidad carismática que la animaba y se convierte en un conjunto de instituciones mecánicas, reglas que no son más que letra muerta, una política absolutamente *desencantada*. Cuando los ídolos se han convertido en meras figuras de madera y las leyes reflejan lazos obsoletos, entonces el terreno está listo para recibir a un nuevo héroe que barra con todas las rígidas ataduras sociales e imponga con el poder de su carácter un nuevo orden. Este movimiento continuará desplazándose de un polo al otro midiendo un tiempo que es la historia política.

Weber explica que: “En su forma pura, la autoridad carismática se puede decir que existe solo *in statu nascendi*. No puede permanecer estable, sino que se tradicionaliza o se racionaliza, o una combinación de las dos”. (Ibíd. p. 246).

Veamos cuáles son las soluciones históricas que Weber identifica para el problema de la rutinización del carisma:

- a) La búsqueda de un nuevo líder carismático bajo el criterio de las cualidades más aptas para su cargo de autoridad.
- b) Revelación manifestada en oráculos, juicio divino u otro mecanismo de selección. En este caso, la legitimidad del líder depende del mecanismo de selección.
- c) Designación por parte del líder carismático original de un sucesor y su reconocimiento por parte de los seguidores.
- d) Designación de un sucesor por un cuerpo administrativo calificado carismáticamente y su reconocimiento por la comunidad. (Distinto de una mera elección o nominación mayoritaria).
- e) La concepción de que el carisma es una cualidad hereditaria.
- f) El concepto de que el carisma puede ser transmitido por medios rituales de un poseedor a otro o crearlo en una nueva persona.

Bajo alguna de estas formas el séquito del líder y todos aquellos que se benefician de la autoridad carismática buscan estabilizar un fenómeno que se caracteriza por ser extra-ordinario.

En cuanto al análisis que Weber hace del carisma en las sociedades democráticas, no deja de decir que en las sociedades modernas de una elevada complejidad, la democracia directa resulta imposible de aplicar. Además analiza los componentes principales en las democracias representativas y como estas sirven como mecanismo para la selección de líderes. La función de dicho mecanismo es combinar la autoridad carismática de un líder con la estabilidad de la administración burocrática. La organización específica de este sistema político es el 'partido', que sirve como estructura para llevar a un líder al poder. Según su origen específico, el partido opera como instrumento del líder o viceversa. En el último caso, el líder deja de ser un 'héroe' o 'pastor' y se convierte en un sirviente; se transforma en un 'gerente'. En cualquier caso, Weber identifica dos elementos clave para llevar a un líder al poder. El terreno específico es la campaña política y en ella cuentan, por un lado, el poder del dinero para sustentar los costos de una campaña "tan costosa como una guerra".

Por otro lado, presenta el carisma de la retórica, aclarando que este último instrumento puede remontarse a la democracia helénica en donde sirvió al desarrollo del pensamiento y del lenguaje. Sin embargo, en la democracia moderna, el discurso se ha convertido en una fachada que sobrepasa todo lo visto con anterioridad, y afirma que: "Cuanto más se busquen efectos masivos y cuanto más ajustada se vuelva la organización burocrática del partido, menos significativo se vuelve el contenido de la retórica. Ya que su efecto es puramente emocional, en tanto y en cuanto las situaciones simples de clase y otros intereses económicos no predominen, las cuales deben ser racionalmente calculadas y manipuladas, la retórica tiene el mismo significado que los desfiles callejeros y los festivales: embeber a las masas con la noción del poder del partido y la confianza en la victoria, y, por sobre todo, convencerlas de las calificaciones carismáticas del líder". (Ibíd. p. 1130). En estas situaciones surgen las tensiones entre los líderes y los partidos. Esta tensión que Weber apuntó en sus páginas de *Economía y Sociedad* en la primera década del S.XX sigue siendo de suma actualidad; así lo demuestran trabajos como el de Fabrini: *El ascenso del príncipe democrático* y que data de la primera década del S.XXI.

Resulta posible entonces, establecer una conexión entre el gobierno del partido, el 'político como gerente' y un sistema estable aunque rígido y despersonalizado. Por el otro lado, el héroe de Carlyle se convierte en un agente de inestabilidad social y en la democracia moderna se vuelve un demagogo que utiliza la retórica para manipular las emociones de las masas y subordinar el partido a su poder personal.

En la última sección se tratan los peligros que circundan a la seductora figura del héroe carismático.

Sección III: Las advertencias sobre el carisma de R. Sennet

Richard Sennett recuerda que el término 'carisma' fue utilizado en sus comienzos con fines religiosos. El carisma representaba el 'don de la gracia' que penetraba cuando el sacerdote pronunciaba las palabras sagradas. Esto les aseguraba a los feligreses una cierta distancia de la vida privada del sacerdote de sus estados anímicos; distancia necesaria para alcanzar la comunión con el Señor. Sin embargo, en las sociedades seculares modernas, la raíz que confiere el poder al carisma no es de índole religiosa. Esto

no significa que su poder no esté igual o más mistificado que en el ámbito religioso. Lo importante es que en el carisma no reposa tanto en las acciones de un líder (como en el caso del sacerdote) sino en sus sentimientos. Esto se relaciona directamente con la configuración de valores imperante en la modernidad. Según Sennett, el líder carismático logra poder a través de un 'striptease psíquico', descubriendo así sus más íntimas emociones.

Para entender esta situación resulta útil recordar algunas características de la sociedad moderna. En *El declive del hombre público* Sennett escribe: "El mito de la actualidad se basa en que los males de la sociedad pueden ser todos comprendidos como males de la impersonalidad, la alienación y la frialdad. La suma de los tres representa una ideología de la intimidad. Las relaciones sociales de todo tipo son más reales, verosímiles y auténticas cuanto más cerca se aproximen a los intereses psicológicos internos de cada persona. Esta ideología transmuta las categorías políticas dentro de categorías psicológicas. Esta ideología de la intimidad defiende el espíritu humanitario de una sociedad carente de dioses: el calor es nuestro dios". (*El declive del hombre público*. p. 319). De esta manera, el carisma de los líderes-íntimos es utilizado para contrarrestar los demonios modernos de la 'impersonalidad' y la frialdad.

La postura crítica de Sennett es clara y se hace manifiesta en su distanciamiento de la teoría weberiana del carisma. Ya vimos que para Weber la figura del líder carismático es un agente caótico que crea turbulencias sociales. Esto se explica por el carácter (relativamente) irracional de la autoridad carismática. En cambio, para Sennett, el carisma secular es racional: "Constituye un modo racional de considerar la política dentro de una cultura regida por la creencia en lo inmediato, lo inmanente, lo empírico, y rechazando como hipotética, mística o premoderna la creencia en aquello que no puede ser directamente experimentado". (Ibíd. p. 340). Sennett utiliza este argumento para denunciar que en las sociedades seculares, el carisma es utilizado como un manto que recubre estructuras de dominación más profundas como las de clase o que sirve para desviar la atención de verdaderas exigencias de cambio social. En estos agudos términos se expresa el mismo Sennett: "Las estructuras de dominación permanecen particularmente intocadas cuando la gente es inducida a elegir políticos que parecen irascibles, como si estuviesen listos para cambiar las cosas; estos políticos está exentos, merced a la alquimia de la personalidad, de trasladar sus impulsos irascibles a la acción". (Ibíd. p. 327).

Si bien Weber distinguía a la autoridad carismática por su poder de transformación interno, en la modernidad este poder transformador se ve potenciado por medios externos-técnicos: los medios de comunicación. Uno de los primeros en declarar la conexión entre la política y los medios fue W. Benjamin, que como buen crítico cultural, destacó que en el pasaje del teatro al cine en la preferencia de las masas se beneficiaban las estrellas de cine y los dictadores.

En lo que se refiere al análisis del mismo Sennett al respecto, su conclusión es que "la pasividad es la lógica de esta tecnología". Así, las audiencias se vuelven en muchedumbres atentas y silenciosas frente a una televisión o una radio.

Lo mismo afirma Fabrini, para quién: "El público permanece fuera del juego, es el destinatario pasivo de su desarrollo. No se le pide consenso sino atención, no se le pide un comportamiento político –participación, por ejemplo– sino una respuesta emotiva –por ejemplo, simpatía–". (*El ascenso del príncipe democrático*. p. 71).

En la actualidad (Fabrini, 2009), la política como espectáculo se caracteriza por:

- a) Dramatización: emociones sobre acciones.
- b) Simplificación: análisis biográfico sobre el sociológico.
- c) Personalización: finalidad de seducir sobre la de explicar.
- d) Ambigüedad: para alcanzar a la audiencia más amplia posible.

Vale la pena hacer una breve mención a los nuevos medios de comunicación, identificados como virtuales. La principal diferencia entre los medios virtuales y los radiotelevisivos es que los primeros no solo constituyen un canal informativo sino que cada vez más representan una de las formas de interacción social ente los individuos. Facebook y Twitter son hoy en día una dimensión sumamente sutil de la

sociabilidad humana.³⁰ La otra característica distintiva es que son medios interactivos a diferencia de los anteriores que eran unidireccionales. Sin embargo, si bien es cierto que en una dimensión horizontal son relevantes (como lo evidencian por ejemplo, los foros virtuales en los que se gestan las manifestaciones callejeras), en una dimensión vertical el resultado sigue siendo la pasividad. Los políticos tienen cuentas en Twitter y Facebook pero su finalidad es la propaganda política y no el diálogo con los gobernados. Las cuentas ni siquiera son genuinamente personales sino que son administradas por equipos especializados en campañas políticas. En la dimensión vertical, los medios virtuales de comunicación siguen siendo tan unidireccionales como siempre y solo reflejan fines propagandísticos.

Si para T. Carlyle el fin último de una nación es la búsqueda de un líder heroico y genuino que los guíe y los represente, para Sennett dicha búsqueda se torna en una empresa frustrada debido a que la personalidad sustrae el contenido político y el contenido del heroísmo se vuelve trivial.

Se presenta como necesaria en este momento la búsqueda de una definición del 'político como héroe', para su posterior confrontación con las dos categorías generales propuestas en este trabajo.

Debido a la diversidad de posturas que emergen en torno al 'carisma' (rayo divino; proyección de cualidades extraordinarias a un individuo; manto que desvía reclamos sociales) el principal soporte es que el líder carismático es un individuo cuyo poder es superior al de cualquier organización. El apoyo popular es su principal refugio; el discurso su principal herramienta.

Sometido a la *Ley de los peces*, el líder carismático resulta satisfactorio. Su capacidad para situarse como cabeza de un partido político asegura sus virtudes como un luchador feroz y capaz de sobresalir entre sus pares. Asimismo, al estar sometido intensamente a los medios de comunicación, debe destacarse como la figura más creíble y seductora entre la competencia. El éxito del líder carismático se pone a prueba en un terreno práctico. Para triunfar debe demostrar ser un individuo versátil y estable.

La primera parte de la segunda categoría, es decir, el líder como *Actor simbólico*, es satisfecha sólo a medias. El líder carismático moderno que se desenvuelve en una sociedad secular se comporta como una persona íntima que ofrece sus sentimientos y sus virtudes hogareñas y cotidianas a cambio de votos. Esto puede generar un cierto grado de unidad social, pero a largo plazo termina siendo nocivo (o 'incivilizado' como prefiere Sennett). Lo que exige esta categoría es un 'actor' que sirva de símbolo unificador y no a una persona privada con todas sus variaciones anímicas y sus imperfecciones del carácter. El líder debe ser un 'actor' que utilice una máscara que simbolice la unidad entre los gobernados.³¹ Esa distancia es la única que asegura la preocupación de los gobernados por las acciones del líder y no por sus disturbios sentimentales.

³⁰ El efecto de los medios de comunicación sobre el espíritu humano y su relación con los demás ha sido desde sus comienzos un tema recurrente. Recuerdo que en algún pasaje, J. Baudrillard decía que los medios actuales de comunicación reducen nuestra posibilidad de pensar en otras personas, porque en el momento en que pensamos en ellas ya somos capaces de comunicarnos y establecer una conexión directa y 'real'. Algo similar con referencia a las cartas se encuentra en Kafka. Esto le escribía a Milena en la copiosa correspondencia que mantuvieron durante un momento de sus vidas: "La sencilla posibilidad de escribir cartas debe haber provocado –desde un punto de vista meramente teórico– una terrible desintegración de almas en el mundo. Es en efecto una conversación con fantasmas (y para peor no solo con el fantasma del destinatario, sino también con el del remitente) que se desarrolla entre líneas en la carta que uno escribe, o aún en una serie de cartas, donde cada una corrobora la otra y puede referirse a ella como testigo. ¿De dónde habrá surgido la idea de que las personas podían comunicarse mediante cartas? Se puede pensar en una persona distante, se puede aferrar a una persona cercana, todo lo demás queda más allá de las fuerzas humanas. Escribir cartas, sin embargo, significa desnudarse ante los fantasmas, que lo esperan ávidamente. Los besos por escrito no llegan a su destino, se los beben por el camino los fantasmas. Con este abundante alimento se multiplican, en efecto, enormemente. La humanidad lo percibe y lucha por evitarlo; y para eliminar en lo posible lo fantasmal entre las personas y lograr una comunicación natural, que es la paz de las almas, ha inventado el ferrocarril, el automóvil, el aeroplano, pero ya no sirven, son descubrimientos hechos en el momento del desastre, el bando opuesto es tanto más calmo y poderoso, después del correo inventó el telégrafo, el teléfono, la telegrafía sin hilos. Los fantasmas no se morirán de hambre, y nosotros en cambio pereceremos".

³¹ "El término 'personalidad' deriva del sustantivo latino persona. Literalmente, persona significa la máscara con que el actor del teatro griego o romano se cubría la cara: la máscara 'a través de la cual (per) dice (sonat) su parte'. La máscara es lo que lleva los rasgos y la caracterización del papel; es la que permite reconocer al héroe o la heroína, al criado o al mensajero, mientras el actor mismo, detrás de la caracterización, permanece anónimo, como un ser desconocido, alejado del drama y constitucionalmente despreocupado por los sufrimientos y pasiones representados en el escenario". (*Filosofías de la India*. H. Zimmer. p. 256).

Por último, si tomamos los criterios de Carlyle y Weber, entonces el líder carismático es la fuerza revolucionaria más poderosa que la historia haya revelado. La exigencia del *líder como transformador* en base a las demandas sociales estaría satisfecha. Por otro lado, Sennett advierte que el carisma es una fachada racional para sustentar un orden fundado en las asimetrías sociales. Las exigencias de cambio son desviadas a cuestiones triviales por el poder narcótico del líder. Su seducción Reencanta, pero al mismo tiempo 'despolitiza'.

Capítulo IV: Generando nuevas opciones. El líder integral

Pues debilidad es no poder mirar el rostro severo del destino de nuestro tiempo.

M. Weber.

En base a lo tratado en los capítulos precedentes se intentará en este último capítulo delinear los trazos generales de la figura teórica llamada: *Líder integral*. Se utiliza esta palabra ('integral') porque su significado es el más adecuado. La noción de integrar se diferencia de la de progresar. Todo progreso es un alejamiento y por lo tanto una pérdida. La burocracia representa un progreso con respecto a la dominación tradicional pero en el camino perdió el carácter personal de la autoridad y se volvió fría y distante. Integrar también se diferencia de una mera oposición. Toda oposición cobra sentido en referencia a un término positivo y busca definirse por la negativa. El liderazgo carismático se opone a la dominación tradicional y burocrática y por tanto se torna inestable e irracional o lo que es peor, se convierte en un telón de emociones personales. Integrar no es progresar ni oponerse, sino que implica un estado más elevado de conciencia. Evoca el conocimiento de los resultados de nuestras opciones y la aplicación de esos conocimientos a una finalidad práctica.

Weber enseña que el tesoro máspreciado que la ciencia puede brindarnos es el conocimiento último de las consecuencias que tendrán nuestras elecciones. El nuestro es un mundo con valores (o dioses despersonalizados) irreconciliables; al menos hasta que alguna inteligencia infinita³² logre crear un sistema donde todas y cada una de las posturas se articulen en base a un principio común. Hasta que llegue ese día, nos vemos obligados a elegir una y otra vez en las materias más diversas.

El objetivo ahora es conceptualizar una nueva figura. Cabe preguntarse por la utilidad que esto puede tener. MacIntyre tranquiliza al advertir que el criterio de utilidad es parte de las 'grandes ficciones modernas'. Carlyle condena a las sociedades utilitaristas (aunque aprecie el genio de J. Bentham) por su falta de fe. Pero, a pesar de las críticas y denuncias que se puedan hacer al criterio de utilidad, hay ocasiones en las que debemos tomarlo en cuenta. Indudablemente el presente trabajo sería mucho más enriquecedor si gozara de un respaldo empírico con datos extraídos de un estudio de campo. Lamentablemente, no disponemos del tiempo y la experiencia para llevar adelante semejante empresa. Confío en que algún día, una segunda parte del trabajo aporte lo necesario para sacar a estas páginas de pura teoría de su indigencia fáctica. Con todo, aún no se ha respondido a la pregunta por la utilidad de una tesis meramente conceptual. Los conceptos son valiosos porque son las herramientas con las cuales podemos hacerle frente a los hechos. Este fue un descubrimiento del espíritu heleno o de los muchos hombres que por comodidad llamamos Sócrates. Los conceptos nos sirven de guía, representan un orden intelectual que luego proyectamos a la caótica e inabarcable 'realidad'. Estas conceptualizaciones no son concretas; su construcción carece de una fuente observable. Como contrapartida, ofrecen una amplia capacidad de utilización; su generalidad permite que puedan ser aplicados a un gran número de casos. Si se requiere una mayor capacidad descriptiva, el investigador podrá 'rellenar' los datos faltantes con su caso particular.

Los lineamientos del *Líder integral* deben hacer frente a un contexto político *Desencantado* por la rígida administración burocrática sin caer en la burda figura de un encantador órfico que busque seducir a las masas con sus instrumentos musicales. Tanto el gerente como el héroe terminan no haciendo justicia a la noción de política y de líder que ha sido circunscripta a las dos categorías: *La ley de los peces* (política como conflicto) y el líder como Actor simbólico y transformador (unidad social y cambio).

Sección I: Las cualidades internas del líder

Dado que gran parte de la estructura de este trabajo gira en torno a la obra de Weber, resulta oportuno exponer estas reflexiones sobre el liderazgo político con uno de los últimos trabajos en la vida del mismo Max Weber. Nos referimos a su conferencia de 1919 titulada: *La política como profesión*. Allí, se libera

³² "¿Qué es una inteligencia infinita?, indagará tal vez el lector. No hay teólogo que no la defina; yo prefiero un ejemplo. Los pasos que da un hombre, desde el día de su nacimiento hasta el de su muerte, dibujan en el tiempo una irreconciliable figura. La Inteligencia Divina intuye esa figura inmediatamente, como la de los hombres un triángulo. Esa figura (acaso) tiene su determinada función en la economía del universo". (*El espejo de los enigmas*. J. L. Borges).

un tanto de la rigurosidad sociológica pero no de su erudición y buen criterio. Así podemos reconocer algunos ecos del discurso moralista de Carlyle, quien había confeccionado una lista de virtudes presentes en todo Gran Hombre, en todo Héroe. Weber, por su lado, establece una trinidad de cualidades que todo buen político debe ejercitar en lo más íntimo de su espíritu. De este modo, la *pasión* ('darle importancia a las cosas reales'), la *mesura* ('dejar que la realidad actúe sobre sí mismo con serenidad y recogimiento interior') y la *responsabilidad* de sus actos, dan como resultado la fortaleza de una personalidad política.

Weber aclara que lograr este carácter trino no es tarea sencilla: "Pues el problema es precisamente éste: cómo conjuntar en la misma alma la pasión ardiente y el frío sentido de la distancia. La política se hace con la cabeza, no con otras partes del cuerpo o del alma. Y, sin embargo, la entrega a la política, si no quiere ser un frívolo juego intelectual sino una acción auténticamente humana, solo puede nacer y alimentarse de la pasión. Solo habituándose al distanciamiento —en el sentido anterior de la palabra— resulta posible ese sometimiento del alma que caracteriza al político apasionado y que lo distingue del mero aficionado 'esterilmente excitado'". (*La política como profesión*, p. 135). Forjar este temple interior es una ardua tarea que todo político debe enfrentar a diario. Si es capaz de lograr esto y de vencer al demonio de la vanidad ('un enemigo muy trivial y demasiado humano y que es la enemiga mortal de toda entrega a una causa y de todo distanciamiento'), entonces será recompensado con la fuerza, que resulta una herramienta fundamental para alcanzar el éxito político.

La cualidad política de la *responsabilidad* no debe pasar inadvertida. Hacia el final de su conferencia, Weber se dedica a explicar las particulares relaciones entre la ética y la política. Es allí donde distingue: *La ética de la convicción* de *La ética de la responsabilidad*. El punto de partida de todo el argumento es su absoluto convencimiento de que: del Bien (las buenas acciones) no siempre resulta el Bien (los buenos resultados). La mayoría de las veces, asegura, sucede lo contrario.

Después de explicar que todas las grandes religiones del mundo han orientado sus dogmas a la solución de este conflicto, Weber arremete contra aquellos políticos que se guían por una *Ética de la convicción*, que puede resumirse como: el obrar de acuerdo a unas creencias sin tener en consideración las consecuencias. Esta ética profesa que el absoluto convencimiento es suficiente para justificar cualquier resultado, y desvía las culpas hacia una voluntad divina o el estado corrupto y viciado del mundo. Esta misma ética y no otra es la que guía a los héroes de Carlyle.

Por el contrario, la *Ética de la responsabilidad* estipula que el individuo debe evaluar con frialdad el estado de una situación y obrar de manera adecuada para lograr los mejores resultados posibles. Dostoiévski decía que por medio de la mentira llegaremos a la verdad; afirmación con la que Weber seguramente estaría de acuerdo. Un político tiene obligaciones públicas y debe actuar de tal manera que los resultados sean óptimos. Entre sus medios no solo se encuentra la mentira sino además el medio específico de la política: la violencia. Weber profesa una ética específicamente política; una ética de los resultados, cargada de virilidad y madurez.

De este modo, Weber se distancia tanto del *Político como gerente* como del Héroe carismático de Carlyle. No los abandona por completo, sino que los conjuga para formar el prototipo espiritual de un político profesional. Así es que a la apatía del *Político como gerente* le opone la ardiente pasión, pero conserva la frialdad ante los hechos bajo la cualidad de la medida. A las virtudes morales del *Héroe* de Carlyle como la sinceridad y el absoluto convencimiento en sus acciones, le opone la responsabilidad como criterio último y específicamente político para juzgar sus obras.

Weber concluye su conferencia ante los estudiantes de Múnich con estas potentes palabras: "La política significa horadar lenta y profundamente unas tablas duras con pasión y distanciamiento al mismo tiempo. Es completamente cierto, y toda la experiencia histórica lo confirma, que no se conseguirá lo posible si en el mundo no se hubiera recurrido a lo imposible una y otra vez. Pero para poder hacer esto, uno tendrá que ser un líder, y no sólo esto sino también un héroe, en un sentido muy sobrio de la palabra. Y aquellos que no sean ambas cosas deberán también armarse con esa firmeza de corazón que permite hacer frente al fracaso de todas las esperanzas, y deben hacerlo ya, pues si no, no estarán en condiciones de realizar incluso lo que es posible hoy. Solo quién esté seguro de no derrumbarse si el mundo es demasiado bruto o estúpido, visto desde su punto de vista, para lo que él quisiera ofrecerle; sólo quien esté seguro de poder decir ante todo esto: *dennoch* (no obstante, a pesar de todo), sólo ese tiene *vocación* para la política". (Ibíd. p. 152).

Sección II: El líder y su contexto social

Weber expone las cualidades internas de su político ideal. Pero esta dimensión anímica del político solo es una parte del todo. Mejor dicho, no es posible valerse únicamente de estas cualidades espirituales para configurar la figura del *Líder integral*. Un texto que data de 1917 expresa las posturas políticas de Weber desde una dimensión externa. Estas posturas pueden encontrarse en: *Parlamento y gobierno en una Alemania reconstruida*. En el prólogo de esta serie de ensayos, Weber aclara que el lector no encontrará ningún aporte específico al campo de la sociología y que no pretende valerse de la autoridad de ninguna ciencia. En cambio, lo que encontramos son las valiosas recomendaciones de uno de los mayores pensadores del siglo XX sobre el caso concreto de su país en una situación crítica.

El primer ensayo se titula: *El legado de Bismarck*, en el que explica cómo el destacado estratega se las ingenió para mantener siempre al margen a la figura del parlamento. Así, la Alemania anterior a la República de Weimar entregaba todo el poder del ejecutivo a una administración burocrática completamente separada del parlamento y de la política partidaria y cuya autoridad máxima era designada por el monarca. El parlamento se limitaba a una actividad 'negativa' y el gobierno era ejercido por un *Político como gerente*: "Toda la estructura del parlamento alemán ha sido orientada hacia 'políticas negativas': crítica y quejas, la deliberación, modificación y aprobación de las cuentas gubernamentales". (*Parlamento y gobierno en una Alemania reconstruida*, p. 1416).

En el resto de los ensayos, Weber demuestra ser un férreo defensor del parlamentarismo. Su modelo se basa en el sistema Británico.

Estas consideraciones deben ser interpretadas estrictamente en su contexto. Lo que Weber demanda es la capacidad de dirigir el estado en momentos críticos y no un gobierno asambleísta (trabado en deliberaciones bizantinas, como ocurrió en la República de Weimar). Enfatiza entonces la necesidad de reformar el parlamento y el sistema político alemán no solo para darle más injerencia al poder legislativo sino también por otras dos razones fundamentales:

- a) Insertar la política partidaria en las decisiones de gobierno.
- b) Generar un terreno propicio del cual surjan políticos capaces.

Su preocupación se desvela como netamente 'ejecutiva': "Lo que faltaba era la dirección del estado por un *político* –no por un genio político, como los que se esperan sólo una vez en pocos siglos, ni siquiera un gran talento político, sino simplemente un político". (Ibíd. p. 1405)

Para esto es necesario que la elección del líder del ejecutivo se produzca en la arena partidaria, en el caso particular que Weber propone, del parlamento.

Weber distingue tres grandes problemas que surgen del hecho de que el ejecutivo esté a cargo de la administración burocrática:

- a) El entrenamiento técnico pero no práctico vuelve al funcionario en un elemento rígido y sin capacidad de decisión autónoma
- b) La administración burocrática, al controlar exclusivamente la información del gobierno, no permite que el parlamento o cualquier otro organismo ejerza un debido control sobre su desempeño
- c) Los funcionarios profesan una neutralidad política y desdeñan los conflictos partidarios al tiempo que se preocupan por mantener su propia organización como la dominante.

Con respecto al último punto, es categórico cuando dice: "El estar por encima de los partidos –en verdad, el mantenerse fuera de la lucha por el poder– es el rol del funcionario, mientras que esta lucha por el poder personal, y la resultante responsabilidad personal, es la viva sangre del político así como también la del empresario". (Ibíd. p. 1404). Es debido a estas tres faltas que Weber afirma que el político deber ser 'aquél que contrarreste el poder de la dominación burocrática'.

Por otro lado, en cuanto al reclutamiento de los líderes, advierte que cuando la selección queda absolutamente en manos de las masas, la aparición de demagogos es inevitable. Define entonces al demagogo como aquél líder que se caracteriza más por su retórica frente a las masas que por su capacidad de decisión política. Por esta razón, recomienda a su propia nación que la selección de líderes descansa en

el parlamento y no directamente en las masas. Hacia el final del trabajo, dice: “La activa democratización masiva significa que el líder político ya no es proclamado candidato porque se haya probado a sí mismo en un círculo de *honorarios*, entonces convirtiéndose en líder por sus triunfos parlamentarios, sino porque gana la confianza y fe de las masas en él y en su poder por medio de la demagogia masiva. En sustancia, esto significa un cambio hacia un modo *caesarista* de selección. De hecho, toda democratización tiende en esta dirección”. (Ibíd. p. 1451).

Esto puede conducir –entre otros temas– a analizar cómo es posible el control de semejantes demagogos-caesaristas. La bibliografía a este respecto es muy amplia pero sobre todo es ajena al tema de esta tesis. Para discutir los medios de control a los abusos del poder podríamos remontarnos a *El federalista* de Madison y a toda una dimensión de análisis constitucionalista que excede los objetivos de este trabajo. Nos limitamos a mencionar solamente, que mientras para Weber el control reposa en la figura del parlamento, para Fabrini esa labor la cumple el Partido. Por nuestra parte, debo agregar que en un sistema no parlamentario y de elección presidencial directa, el uso de la retórica se vuelve un instrumento indispensable y debido a los medios masivos de comunicación, los tintes demagógicos parecen resultar inevitables.

Por otro lado, cabe preguntarse si aquello denominado ‘demagogia’ es en verdad un aspecto negativo en las características de un líder. El hecho de que un político logre la confianza y la fe de sus gobernados puede ser entendido como parte fundamental de la función del líder como ‘símbolo’. En este sentido, lograr que la figura del líder represente la unidad nacional es un fin y lograrlo equivale al éxito. La política es el ámbito específico de controlar los medios necesarios para lograr el éxito. Si la utilización de discursos emotivos resulta una herramienta para alcanzarlo, entonces no habría razones para renegar de ella. Aún así, no sería vano discutir si existen otros medios para alcanzar el éxito, es decir, que el líder represente un símbolo de unidad nacional. Hacia el final del capítulo veremos este tema.

Otro de los focos interesantes en los ensayos de Weber sobre las características externas de un político es su tipificación de los políticos profesionales. Este análisis es el que será repetido dos años más tarde en la conferencia de *La política como profesión*. Para él, los políticos profesionales son producto de la racionalización y especialización de las actividades partidarias propias de la democracia con elecciones masivas. También identifica dos tipos de político profesional: a) aquel que vive *de* la política y b) aquel que vive *para* la política. El criterio de diferenciación radica en la disponibilidad de tiempo y en la capacidad de sustento económico. Mientras que los primeros hacen de la política su fuente de ingreso permanente, los segundos no. Las condiciones en las cuales únicamente puede surgir el segundo tipo son las de una sociedad que permita la propiedad privada, de modo que ésta le otorgue las rentas necesarias para dedicarse a la política de forma irrestricta. Si bien Weber reconoce que la tendencia histórica apunta hacia una completa dominación de los políticos que viven *de* la política, también asegura que la única chance de que surja un político de alto calibre proviene del segundo tipo; aquellos que viven *para* la política: “Precisamente, este elemento –personas económicamente independientes de aquellos que están por encima y por debajo de ellos– es el más recomendable para la vida partidaria y esperemos que nunca desaparezcan por completo”. (Ibíd. p. 1447).

Weber entiende que los más aptos para desempeñar este papel son aquellos individuos que viven de las rentas y los abogados. Con respecto a estos últimos, si bien dice que un mundo gobernado por abogados sería sumamente indeseable, reconoce que el entrenamiento ellos reciben los capacita específicamente para las funciones políticas. Además, debido a las particularidades de su profesión, disponen de una mayor cantidad de tiempo para dedicarse a los asuntos políticos.

Ciertamente, un político que viva *para* la política es preferible, no solo porque interiormente es un individuo que logra el equilibrio entregándose por completo a una causa y haciendo de la política el sentido de su vida, sino también porque goza de mayores libertades materiales. El político que vive *de* la política, se acerca peligrosamente a la figura del *Político como gerente*, es decir, el funcionario burocrático impersonal que solo tiene como incentivo una retribución salarial.

Cuando culmina estos escritos de 1917 recuerda que:

- a) Para que un partido logre hacerse con el gobierno, debe someterse a la figura de un líder que conquiste a las masas.

- b) Para evitar que dicho líder sea meramente una figura demagógica, éste debe probarse en las comisiones parlamentarias demostrando que es un político capaz.
- c) El número de decisores políticos sea lo más reducido posible: "La acción política está siempre determinada por el principio de 'los pequeños números', esto significa, la capacidad de maniobra política superior de pequeños grupos que hacen de guía; en estados masivos, este elemento caesarista es inevitable". (Ibíd. p. 1414)
- d) Cuanto más claras sean las responsabilidades de cada uno de los integrantes de este 'pequeño número', mejor.

Estos son los aportes fundamentales que Weber le entrega a una Alemania que debe enfrentar las duras consecuencias de haber perdido la 1ª Guerra Mundial.³³ Considera que parte de la catástrofe se debe a que el país estaba a cargo de una administración burocrática rígida y aunque eficiente en términos relativos, incapaz de adaptarse con rapidez a las exigencias de un país en guerra. Si no hubiese sido por el extraordinario desempeño del ejército alemán, Weber asegura que la guerra se hubiese extendido mucho menos. Tras la Guerra, el sistema monárquico de Guillermo II se hunde y la situación política entra en una profunda crisis. Cuando entrega estas reflexiones lo hace cumpliendo con su labor social de intelectual para ayudar en la construcción de un nuevo orden.

Sección III: Las 'Tiranías de la intimidad' de R. Sennett

Recapitulando: Hasta ahora se han expuesto dos de los tres bloques que se utilizarán para construir el concepto de 'liderazgo integral'. A saber:

- a) la dimensión interna de un político-ideal representada por las tres cualidades del individuo (pasión, mesura y responsabilidad) y una ética específicamente política que debe guiar su conducta (la ética de la responsabilidad)
- b) la dimensión externa representada por las condiciones materiales (político profesional que vive *para* o *de* la política), la importancia del caesarismo en las democracias modernas (líder sobre el partido) y el éxito como única vara para medir su desempeño (para lo cual se requiere una clara asignación de responsabilidades). Estos dos bloques los ha aportado Max Weber. El último bloque, es decir, el último factor a tener en cuenta para definir al líder integral, será tomado de R. Sennett.

La breve conclusión de *El declive del hombre público* se titula: 'Las tiranías de la intimidad' donde Sennett resume las transformaciones sociales producidas por el capitalismo y el secularismo modernos. Allí define a la intimidad como una tiranía que se manifiesta como una creencia que sirve como patrón único para medir la realidad. Dice: "No se trata de la imposición sino del surgimiento de una creencia en un patrón de verdad para medir las complejidades de la realidad social. Es la medición de la sociedad en términos psicológicos. Y en la medida en que esta tiranía seductiva tiene éxito, la propia sociedad es deformada". (*El declive del hombre público*, p. 414).

Sennett entiende que en las grandes ciudades la única manera de mantener la sociabilidad en un mundo de extraños es mediante la distancia. Esta distancia se manifiesta en la diferencia que debe existir entre los roles sociales y la vida íntima, privada, del individuo. Las máscaras rituales son el fundamento de la civilidad. Sin embargo, la ideología moderna de la intimidad genera una expectativa según la cual: "cuando las relaciones son estrechas, son cálidas; en su intento de eliminar las barreras del contacto íntimo lo que la gente busca es una intensa clase de sociabilidad, pero esta expectativa es derrotada por el acto. Cuanto más juntas están las personas, sus relaciones son menos sociables, más dolorosas y más fraticidas. (Ibíd. p. 414).

Hasta aquí, este bloque sirve únicamente como contexto amplio y tiene una estricta relación con el análisis realizado en el capítulo I en la esfera de los valores culturales. Es el mismo Sennett quien realiza la conexión de este marco socio-cultural con el presente tema de investigación: el liderazgo político. Sennett pone sobre aviso con las siguientes palabras: "Sabemos que el poder es una cuestión de intereses nacionales e internacionales, el juego de clases y grupos étnicos, el conflicto de regiones o de religiones. Pero no actuamos basándonos en este conocimiento. En la medida en que esta cultura de la personalidad

³³ Es digno de mención que Weber formó parte de la delegación alemana que fue enviada para firmar el 'Tratado de Versalles', con sus duras imposiciones para Alemania.

controla la creencia, elegimos candidatos que son creíbles, tienen integridad y evidencian autocontrol. Estas personalidades recurren a una amplia variedad de intereses. La clase política se debilita así como clase, especialmente entre las nuevas clases que se han constituido en el presente siglo, tanto ha llegado a asemejarse a la expresión de las capacidades innatas". (Ibíd. p. 415).

Si bien las palabras de Sennett están dirigidas a los gobernados para que tomen conciencia y exijan otras conductas de sus políticos y del contenido de sus campañas, esta situación también debería ser tenida en cuenta como un argumento en sí mismo dentro de una campaña política. Es decir, el hecho de aconsejar a una figura política para que tome en cuenta la creencia cultural de la intimidad y la denuncia, no parece en vano.

El éxito puede obtenerse por distintos medios. La comprensión de un contexto socio-cultural resulta indispensable bajo cualquier circunstancia. Sin embargo, una vez que contamos con dicho conocimiento en nuestro poder, tenemos dos alternativas. Si sabemos que la sociedad opera con categorías psicológicas, podemos consentir ese juego y adaptarnos a sus reglas. Pero también podemos denunciarlo como algo perverso y proponer a cambio una alternativa más 'justa', 'honesta' o lo que fuere. En otras palabras, cuando al ser humano se le devalúa de un engaño, se encuentra más susceptible de caer en otro distinto. Y tal como lo enseñan el *Arthasastra* y *El Príncipe* y hasta el mismo Weber, el engaño es solo un medio más (y de ninguna manera el más nocivo) de los tantos que utiliza la política para alcanzar el éxito.

Sección IV: En busca de una definición

Sobre el final de este capítulo y del trabajo, se requiere definir la figura del *Líder integral*. Para ello se tendrán en cuenta los tres bloques anteriores (secciones I, II y III) y las dos categorías que atravesaron transversalmente cada uno de los capítulos: la *Ley de los peces* y el *Líder como actor simbólico y transformador*.

Las definiciones son intentos de encerrar la realidad dentro de marcos formados por palabras. Estos marcos funcionan como proyecciones intelectuales que buscan ordenar los hechos, hechos que son de una naturaleza caótica. La 'realidad', sin embargo, escapa constantemente a estos marcos conceptuales por su carácter dinámico (en oposición al carácter estático de los conceptos). Ya Sexto Empírico arguyó alguna vez (Hypotiposes, II, 207) que las definiciones eran vanas, pues habría que definir cada una de las voces que se usan y luego definir la definición. Tal vez, en algunas ocasiones, deberemos conformarnos con ensayar definiciones consecutivas a modo de aproximaciones.

Con esta intención, proponemos en primer lugar la siguiente definición:

El líder integral es aquél cuyo emblema distintivo es la consciencia de su misión. Es un individuo que utiliza la máscara pública de la unidad social para transformarse en un símbolo nacional. Su instrumento específico es el uso de la palabra, ya sea para combatir con sus competidores o para ganar el apoyo de los gobernados. Su único juez y controlador es el resultado de sus acciones de gobierno.

Se procede, a continuación, a analizar los componentes de la presente definición:

- a) La consciencia es lo que denota el término Integral. Específicamente, en la figura de un político la consciencia se refiere al conocimiento de las exigencias que impone su cargo. Estas exigencias son tanto espirituales como materiales. Las exigencias espirituales son las que conceden la fuerza interior y son, la pasión, la mesura y la responsabilidad. Las materiales, por su parte, son aquellas referidas a los recursos que un individuo debe poseer para poder dedicarse a la política; en otras palabras, que sea un individuo que viva *para* la política. El individuo que encarna la figura del 'líder integral' debe ser consciente asimismo de que la guía de sus actos será determinada por la 'ética de la responsabilidad' y que su contexto socio-cultural está gobernado por una 'tiranía de la intimidad'. Una mente que alcance dicho grado de consciencia es apta para hacerle frente a los desafíos políticos de nuestros días; se encuentra a la altura de las demandas de su tiempo.
- b) El concepto de máscara quiere hacer justicia con la noción del carisma según la cual un individuo obtiene el estado de gracia por llevar a cabo una determinada acción, y no por sus cualidades innatas. El 'líder integral' evoca la unidad porque es capaz de adaptarse al ideal que la sociedad tiene de un líder. Este ideal es dinámico y el líder debe adaptar su máscara a ese ideal, para de esta

manera crear con su propia figura un símbolo de identidad. Una función semejante, aunque sin el carácter dinámico (que es una exigencia de las democracias modernas) es la que aún cumplen los monarcas y probablemente la razón por la cual algunos países no lo han eliminado. Otro intento moderno es, por ejemplo, el semipresidencialismo francés de la V República, en donde se buscó distinguir la figura del presidente (símbolo de unidad nacional) de la del primer ministro (sometido a las disputas partidarias).³⁴ Por lo tanto, el 'líder integral' es particularmente apto para países con un sistema presidencialista en donde la figura del presidente debe ser, a un tiempo líder del ejecutivo y símbolo nacional. Esta doble función y la versatilidad que requiere son distintivas del 'líder integral'. Es posible que en este punto se genere una confusión que conviene aclarar. La máscara como virtud política y el carisma asociado a una acción particular (como en el caso del sacerdote) no tienen que ver con la autoridad que se fundamenta únicamente en el cargo independientemente de quien lo ocupe. Esta es la situación del *Político como gerente*, del funcionario burocrático, en el que se advierte como característica la rigidez (en capacidad de maniobra) y la neutralidad (con referencia a las masas, concibiéndolas como meros sujetos pasivos que deben ser administrados). El 'líder integral', por el contrario, ejercita una alta capacidad de maniobra para adaptarse a la cambiante demanda de los gobernados. La autoridad recae sobre la máscara que él utiliza, pero esta máscara no es inherente al cargo, sino que es fabricada por el propio individuo de acuerdo a su situación específica. En otras palabras, el ideal de los gobernados es el material con el cual el líder fabrica su máscara.³⁵

- c) La palabra es el medio específico por el cual el 'líder integral' satisface la *Ley de los peces* y por el cual conquista a los gobernados (una vez que se ha adaptado a sus demandas). El conflicto es uno de los polos esenciales de la vida; siendo el otro la calma. Es una de las dos fuerzas que hacen de la naturaleza un todo dinámico. Así lo vemos en el *Jardín de las delicias* de El Bosco (quien fue, a su vez, una de las grandes inspiraciones de P. Bruegel), donde la violencia y la lucha no solo se muestran en el 'infierno musical', sino también entre los animales que habitan el paraíso, representando éste último el estado más puro de la Naturaleza. Históricamente, los líderes eran líderes militares y se destacaban por sus capacidades como estrategias en el campo de batalla. Hoy, ese entorno específico ha cambiado y así lo han hecho los medios que el líder utiliza. Siguiendo a Weber podemos decir: "Hoy los líderes políticos (y militares) ya no agitan sus espadas sino que se atienen a ondas de sonido prosaico y gotas de tinta: las palabras habladas y escritas. Lo que importa es la inteligencia y el conocimiento, la fortaleza de voluntad y la sobriedad de la experiencia que determinan estas palabras, ya sean mandamientos o discursos de campaña, notas diplomáticas o declaraciones oficiales en el parlamento". (*Parlamento y Gobierno en una Alemania reconstruida*, p. 1420). El contenido específico del discurso puede variar de uno netamente emocional o puede tomar un carácter concientizador que denuncie las 'tiránías de la intimidad' y orientarse así hacia una exposición clara sobre las propuestas de gobierno. El estudio de la situación concreta será el que determine el camino más apto para lograr el éxito y el consecuente contenido del discurso.
- d) La noción de 'resultado como único juez y controlador' del líder evoca una determinada concepción de la historia política. Una concepción según la cual es el poder el que maneja a los hombres y no los hombres los que detentan el poder. Visto desde esta particular perspectiva, los intentos legales de contener el poder son tan vanos como intentar contener el valor de una divisa o el precio de un determinado bien por medio de una ley. El mercado responde a fuerzas autónomas y así también lo hace la esfera política. Los desarrollos históricos parecen burlarse de las santificadas constituciones y de todos sus mecanismos de pesos y contrapesos. El mayor contrapeso a un líder despótico y que no cumple con su función de agente transformador, es decir, que no cumple con las demandas de cambio social, y por tanto, que no logra el codiciado éxito, es la misma fatalidad de su destino. Será depuesto en las urnas, por las armas, por el pueblo o, lo que aparece como

³⁴ Este ideal se vio frustrado por gobiernos como el de Nicolás Sarkozy, quien, con su estilo personalista, hizo de la presidencia el eje del poder ejecutivo, volviendo inútil la figura del primer ministro.

³⁵ "En realidad, nuestro planteo señala que el líder constituye una figura bifronte conformada por dos caras: líder-personaje (o personaje) y líder persona (o líder-individuo).

El líder-persona aporta la cara visible. Es importante. Pero, sin embargo, lo más importante es la cara oculta, ya que pone de manifiesto la construcción social que transmuta en el 'líder-personaje'. Este personaje cobra vida a partir de las proyecciones que despliega el colectivo. Y, a su vez, esas mismas proyecciones exhiben las demandas de sociabilidad que manifiesta el agrupamiento social. En consecuencia, las cualidades proyectadas por el agrupamiento no coinciden necesariamente con las características reales de la persona que se trate. Para decirlo con otros términos: el liderazgo no es producto de biografía sino, más bien, de leyenda y proyección del colectivo". (*Hacia un nuevo concepto de liderazgo*, R. Scaricarozzi, p. 210)

una excepción histórica, por algún mecanismo legal.³⁶ Hasta aquí, esta concepción de la historia política en nada ayuda a definir al 'líder integral'. Sin embargo, solo es posible juzgar a un individuo cuando la responsabilidad de sus actos está claramente asignada. En este sentido, el 'líder integral' es plenamente responsable de sus acciones de gobierno, y por tanto susceptible de ser juzgado por los resultados obtenidos. En sus manos está el ser recordado como un líder, como un déspota o como un inepto.³⁷

Resulta imposible pensar que históricamente haya existido un solo caso que coincida exactamente con esta descripción del 'líder integral'. Pero entendiendo que la mente opera por analogía, parece apropiado contar con una base definida y usarla como criterio de comparación para penetrar en el pasado, juzgar nuestro presente y guiar nuestras acciones hacia una meta clara. En este caso, la identificación de un líder a partir de un modelo que tome en cuenta las características propias de un individuo en un sentido amplio e integral.

³⁶ Los llamados 'golpes de estado constitucionales' son ciertamente un caso excepcional. Así lo demuestran los numerosos trabajos dedicados a estudiar la destitución del presidente Collor de Mello y el asombro internacional ante los casos de Honduras en el año 2009 y de Paraguay en 2012. En cualquier caso, es una ingenuidad presumir que semejantes hechos se deban a una violación constitucional y no a una determinada configuración de intereses desfavorable al líder.

³⁷ "El líder-individuo suele carecer de muchos de los atributos que se le adjudican, vía el personaje. Por otra parte, el tiempo acostumbra a deteriorar más rápidamente la imagen del líder si esto acontece y el personaje difiere demasiado y se perjudica con la persona que lo actúa. Sucede que el personaje manda y la persona debe adecuarse al rol planteado. El tiempo dirá si esto se logra y se mantiene. El contexto social y el colectivo, en sus estados y sus cambios de estado sociales, dirán si ese líder está o no a la altura de las exigencias de ponderación, confianza y reconocimiento. Si esto no sucede, se abre un camino de regreso hacia otros rumbos de cambio, decadencia y muerte; u otros liderazgos de reemplazo". (*Hacia una nueva concepción del liderazgo* p. 211)

Conclusión

'Niti', palabra sánscrita que significa <política>, quiere decir literalmente <conducta adecuada>. La política del rey proporciona a la comunidad un modelo notable de conducta afortunada en medio de los peligros del mundo.

H. Zimmer.

Se ha buscado, a lo largo de estas páginas, una respuesta al problema de las consecuencias negativas que el desencantamiento de la política provoca. Se han descartado las propuestas más simples de reencantamiento en pos de una solución más satisfactoria aunque más compleja. La solución propuesta descansa en la figura de un líder que se distingue del gerente burocrático y del héroe carismático.

Dos criterios guiaron la tarea, aunque en realidad terminen confluyendo en uno solo. A saber: que el 'líder integral' sea capaz de revertir el terreno árido producto del desencantamiento y que el 'líder integral' cumpla con el fin supremo de la política: el éxito.

El 'líder integral' solo resultará verdaderamente exitoso si logra hacerle frente al desencantamiento de la política. El éxito se logra a través de la lucha -porque el conflicto es la esencia de la política-, y el desencantamiento se combate con el poder simbólico, que debe arraigarse en la mente de los gobernados para infundir fuerza y valor. El 'líder integral' debe forjar la máscara adecuada para que ese símbolo sea efectivo.

El liderazgo integral obtiene su autoridad por aquello que representa en un determinado momento. La legitimidad de su gobierno no proviene del cargo que ocupa (como el funcionario-gerencial) ni de las particularidades seductoras de su persona (como el héroe-carismático) sino de su habilidad para adecuarse continuamente a la figura ideal que la sociedad produce de un líder. La conciencia de esta naturaleza dinámica es la que caracteriza por sobre todas las cosas al 'líder integral'. Por lo tanto, la condición de 'líder integral' no es inherente a una persona sino a un estado particular de una persona que encuentra la gran aceptación por parte de la sociedad. Para que un individuo se convierta en un 'líder integral' debe ser (en esencia) un actor que utilice un amplio vestuario. Este vestuario se compone de exigencias simbólicas y materiales. Una sociedad no espera lo mismo de un líder en distintas situaciones. Cada situación exige una máscara determinada (símbolo) y acciones de gobierno determinadas (por ej. Políticas públicas específicas).

El fracaso del *Político como gerente* y del *Político como héroe* consiste, en el primer caso, en considerar que sus órdenes deben ser obedecidas únicamente en virtud del cargo público que ocupa; en el segundo caso, en considerar que debe ser obedecido en virtud de sus cualidades personales únicas y excepcionales. Ambas posturas, aunque opuestas, terminan volviéndose insatisfactorias. La consecuencia social del primero es la apatía, la del segundo el fanatismo. La versatilidad y la conciencia del 'líder integral' deben permitirle encontrar algún punto intermedio en este continuum. Los medios son innumerables, el problema radica en encontrar los más adecuados. No es necesario gritar cuando un susurro sirve al fin de la comunicación. La violencia sigue siendo un medio específico de la política, pero su uso indiscriminado no parece adecuado para alcanzar todos los fines. Ciertamente la violencia (en particular la económica) se presenta necesaria para establecer configuraciones de poder (que algunos llaman 'fórmulas')³⁸ beneficiosas al líder. Sin embargo, ha sido la intención del trabajo especificar que las nociones de conflicto y de violencia deben circunscribirse a una dimensión horizontal, es decir, hacia grupos de interés y la competencia que resulte de otros líderes partidarios. Estos conflictos no deberían trascender un determinado círculo, ya que al penetrar en la esfera ciudadana, la consecuencia inevitable es la fragmentación social. En este sentido, el manto de unidad que cubre a la sociedad debe ser una prioridad para el 'líder integral'. El hecho de que este manto de unidad permanezca sin rasgaduras facilita la tarea de confeccionar la máscara simbólica. Cuando el manto se desgarrar y cada pedazo adquiere diferentes matices, la misión del líder como representante simbólico de la sociedad en su conjunto se torna imposible.

³⁸ Me refiero a la terminología empleada por Coppedge en sus escritos sobre gobernabilidad.

Bibliografía

- Begley, Louis (2008): *Franz Kafka*; Nueva York; Atlas & Co.
- Benjamin, Walter (2012): *La obra de arte en la era de su reproductibilidad técnica y otros textos*; Buenos Aires; Ediciones Godot.
- Berman, Marshall (1988): *All that is solid melts into air*; Nueva York; Penguin.
- Borges, Jorge Luis (1974): *Obras Completas*; Buenos Aires.
- Bruegel, Pedro (1964): *Pinacoteca de los genios* (Monografía, por Andreas Grote); Buenos Aires; Codex.
- Carlyle, Thomas (2013): *On heroes, hero-worship, and the heroic in history*; USA, San Bernardino, CA.
- Danchev, Alex (compilador) (2011): *100 Artists' Manifestos from the Futurists to the Stuckists*; Nueva York; Penguin.
- Deleuze, Gilles y Guatari Félix (2002): *Kafka para una literatura menor*; Madrid; Editora Nacional.
- Dilthey, Wilhelm (1944): *La esencia de la filosofía* (introducción de Eugenio Pucciarelli); Buenos Aires; Losada.
- Dilthey, Wilhelm (2007): *Poética*; Buenos Aires; Losada.
- Fabrini, Sergio (2009): *El ascenso del Príncipe democrático*; Buenos Aires; Fondo de cultura económica.
- Gonzales García, José (1989): *La máquina burocrática: afinidades electivas entre Max Weber y Kafka*; Visor; Madrid.
- Janouch, Gustav (1997): *Conversaciones con Kafka*; Destino; Barcelona.
- Kafka, Franz (2007): *Obras Completas* (En el Tomo I, en la sección del *Estudio preliminar*, figura el ensayo de Hannah Ardent *Franz Kafka, revalorado*); España; Aguilar.
- Kafka, Franz (2000): *El castillo*; Madrid; Cátedra.
- Kandinsky, Vasili (2012): *De lo espiritual en el arte*; Buenos Aires; Paidós.
- Lukács, György (2010): *Teoría de la novela*; Buenos Aires; Godot.
- MacIntyre, Alasdair (1987): *Tras la virtud*; Barcelona; Crítica.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich (2007): *Manifiesto del partido comunista*; Buenos Aires; Longseller.
- Massot, Vicente Gonzalo (1992): *Max Weber y su sombra, la polémica sobre la religión y el capitalismo*; Buenos Aires; Grupo Editor Latinoamericano.
- Pessoa, Fernando (2012): *Libro del Desasosiego*; Buenos Aires; Emecé.
- Scaricabarozzi, Rossana (2012): *Hacia un nuevo concepto de liderazgo*; Buenos Aires.
- Sennett, Richard (2011): *El declive del hombre público*; Barcelona; Anagrama.
- Tarnas, Richard (2008): *La pasión de la mente occidental*; Girona; Atalanta.
- Weber, Max (2011): *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (edición crítica al cuidado de Francisco Gil Villegas); México; Fondo de cultura económica.
- Weber, Max (2006): *Ensayos sobre metodología sociológica*; Buenos Aires; Amorrortu.
- Weber, Max (2012): *El político y el científico*; Buenos Aires; Agebe.
- Weber, Max (2007): *La ciencia como profesión, La política como profesión* (Edición y traducción: Joaquín Abellán; Guía de lectura: Luís Castro Noguera); Madrid; Austral.
- Weber Max (1991): *¿Qué es la Burocracia?* (Traducción de Rufino Arar); Buenos Aires; Leviatán.
- Weber, Max (2005): *Sociología de la religión* (Traducción de José Rovira Armengol); Buenos Aires; Letras Universales.
- Weber, Max (1978): *Economy and Society* (Edición al cuidado de Guenther Roth y Claus Wittich; Los ensayos contenidos en *Parlamento y gobierno en una Alemania reconstruida* figuran como un anexo de esta edición); California; Imprenta de la Universidad de California.
- White, Hayden (2011): *La ficción de la narrativa. Ensayos sobre historia, literatura y teoría 1957-2007*; Buenos Aires; Eterna Cadencia.
- Zimmer, Heinrich (2008): *Filosofías de la India* (Edición al cuidado del gran Joseph Campbell, fiel discípulo de Zimmer); México D. F.; Sexto Piso.

Anexo:

El pez grande se come al chico. Pedro Bruegel.

